

Relatos, narraciones y reflexiones de los
participantes de los Cursos Taller de Cisterna
de Sol

Al correr de la pluma



Visiones y expresión de nuevos escritores

COMP. CÉSAR BENEDICTO CALLEJAS

Cisterna de Sol

Comp. César Benedicto Callejas

**AL CORRER
DE LA
PLUMA**

© Urna Semper

Vitae et, nunc hasellus hasellus, donec, id elit donec hasellus ac pede, quam amet. Arcu nibh maecenas ac, nullam duis elit, ligula pellentes viverra morbi tellus molestie. Sodales nunc suscipit sit pretium aliquet integer, consectetuer pede, et risus hac diam. Scelerisque sodales, mauris lorem non consectetuer. Felis maecenas sit adipiscing ullam corper, amet pede consectetuer quis rutrum, nec vestibulum sem, integer non felis a vel. Vel proin, sapien, mauris amet semper sodales, mauris lorem, nisl arcu vitae laoreet.

Urna Semper
Calle #123
Ciudad, C.P.
Estado
www.example.com

Seguramente tus también has venido aquí a aislarte para buscarte a ti mismo. O tal vez para escribir un nuevo tipo de poesía. Es posible que el asesinato y las torturas ya se hayan acabado y es posible que el mundo ya esté cuerdo y libre completamente de sufrimientos y que sólo esté esperando con impaciencia a que por fin llegue un nuevo tipo de poesía.

**Amos Oz.
Judas**

PRÓLOGO

Harán ya unos buenos meses que un grupo de valientes arados con pluma, papel y sus ordenadores se decidieron a dar la vuelta al mundo y a profundizar en su vocación de leer y escribir - binomio perfecto nos diría el profe de secundaria -, aceptaron la convocatoria de Cisterna de Sol y nos propusimos resucitar el espíritu que animó los viejos talleres literarios, los del encuentro y la reflexión, con más preguntas que respuestas, sin decálogos ni pócimas milagrosas, con el ánimo de escribir y estar presentes, frente a sí mismos y poder llamarse, con todo derecho, escritores.

No he hecho sino acompañarlos, devolver las pistas que me dieron mis maestros, Alicia Reyes sobre todos, este es el resultado.

Amable lector, lo confiamos a tus manos, a tu generoso criterio para que nos devuelvas el diálogo que completa el ciclo de la literatura.

César Benedicto Callejas

Cisterna de Sol

INDICE

La ruta del vino. Gon Nájera.	(1)
La Rusia de Tolstoi y las letras de Dostoievski. Mariel Enciso.	(10)
Julieta. Diana Carolina Ramírez Mayoral.	(19)
Miles Davis, el Hechicero. Manuel Rodríguez Elorduy.	(23)
Inglaterra, Bath. Manuel Rodríguez. Elorduy.	(28)
La hora feliz de un año difícil. Carmen Vega.	(33)
Domingo en bici de montaña. Alejandro Mejía.	(35)
Director de orquesta. Alejandro Mejía.	(37)
Pepe. Alicia Rubí Guerra.	(40)
Recuerdo. Diana Carolina Ramírez Mayoral.	(45)
Roberto. Heymman Revelo.	(47)
La trampa de las palabras. Miguel García.	(54)
Un sepulcro para Díaz de honor. Claudia Duclaud.	(60)
Paris. David Almanza.	(72)
El tiempo. Leticia Carrera	(80)

LA RUTA DEL VINO

Gon Nájera

... Entonces, como le decía oficial, ahí iba yo en el carro de mi papá una chulada de Audi A3. Bien decidido a media persecución. Ya iba yo por... el boulevard, creo, ahí a la altura del cine en Plaza Marina. ¡Ya sabe usted! Ahí donde cada 2 meses abren algo nuevo y al rato lo cierran porque nadie va. Desde Valle de Guadalupe ya llevábamos buen tramo recorrido. Tras de mí venían las patrullas, los matones - ¡Digo! Guardaespaldas - de don Ayala, la neta yo venía cagado porque no quería que me sacaran las pistolas.

- 'Jajaja, ahora si te mamaste, Daniel.'- se escuchaba la voz de mi 'mejor amigo' en el carro de mi 'papá por el bluetooth. Pinche morro ojete. - '¿Crees que no lo sé, wey?!'- le respondía yo. Por atrás escuchaba nomás en un como altavoz -'Oríllese a la orilla, joven'- o sepa cuánta mamada decían porque ya ve que ni se le entienden. A mí lo que me sorprendió más es que ni un alma había en el Boule' ya ve que luego hay un resto de raza por que van a 'La Bandera'.

Ya íbamos a toda velocidad pasando el 'Carls', luego el 'Pampas' y luego el Hotel Corona, ¿No se le hace cagado que haya lugares tan simplones y cobren como si fueran de a veras? ¡Bueno, ya! - 'Jajaja, Es que, ¿A quién chingados se le ocurre!? ¡Era la presentación oficial de la pareja! - me decía él - '¡Cabrón! ¡Me iban a ayudar! ¿¡Que no!?'- le decía yo. ¡Y era la neta! Según entre todos íbamos a armar un desmadre

en la fiesta de Vendimia, ¡Si! ¡Ándele si! En el vinícola de Cetto, ahí donde se junta toda la raza de feria como yo y mis compas. ‘Chale cómo me gusta ese lugar. Es el único lugar afuera de la escuela donde veo a Emma... Si, la nuera de Don Ayala.

¡No se ría, wey-ah ¡Perdón, oficial! Sí, yo pensaba que Emma no era feliz con su vato. Llevo ‘tras de ella desde que empecé la carrera. Chale, y quedé como un pendejo frente a todos lanzando botellas de vino por donde me di a entender. ¡En fin! - ‘¿Ya por dónde vas, cabrón?’- me decía el idiota de Rubén. Para eso ya andábamos casi en la macro. Otro lugar donde cada tres meses abren algo nuevo y tres cosas cierran, puro cochinerero, me cae. ¡En friega íbamos! ¡Sentía como me botaba el corazón en la garganta! ¡Era horrible! Perdí la noción de a qué velocidad iba, pero ya sabe que, pasando la macro, agarras viada más bonita. El pedo fue llegando a Maneadero, simón, esa tierra olvidada.

¿Cómo que usted vive allá, Oficial? Ah, ¿Sabe qué? Lo siento. . .en verdad lo siento. Esta como casi al final que le digo al Rubén: - ‘Wey, se pasaron de verga conmigo’- ya la neta le decía llorando. -‘¿Cómo pudieron dejarme abajo?’- es que, si se pasaron, poli, llevábamos semanas pensando ‘como le haríamos’ para arruinar la fiestecita y convencer a Emma que se viniera pa’acá que yo si le convenía... Ahora sé que estuve medio pendejo. Y más pendejo me sentí cuando me dice mi compa - ‘Wey, nadie pensó que lo harías enserio. Es momento de dejarlo atrás, de dejarla ir. Deja de construir algo que no es en tu cabeza.’- ¿Usted cree, poli? Todavía me dice eso el hijo de la chingada. Ya no se puede contar con nadie, la neta que para amigos como esos ¿Para qué ocupa uno enemigos? Total, -‘Es hora de parar.’- me termina diciendo cuando veo frente a mi una pinche barricada. Nombre, ya no la

conté. Frené ahí casi a la entrada de Maneadero y me agarraron. Me dieron la putiza de mi vida. Y pus... pues... aquí estamos jefe.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Pagaron mi fianza? ¿Quién? ¡A ver! ¡NO MAMEN! ¡¿RUBEN?! ¡¿ANDREA?! ¡¿ISAÍAS?! ¡HASTA LA ADRIANA ESTÁ AQUÍ! ¡SE PASARON DE LANZA! ¡A HUEVO! ¿Pagaron mi fianza entre todos ustedes?

LA RUSIA DE TOLSTOI Y LAS LETRAS DE DOSTOIEVSKI

LAS GRANDES TRAMAS DEL MOSCÚ LITERARIO

“Las familias felices se parecen unas a otras, pero cada familia infeliz lo es a su manera”.

León Tolstói

Ana Karenina

Mariel Enciso

Para abandonarnos a los sueños es necesario algo de locura y palpar todo a través de los sentidos.

No fue sino una cálida noche del mes de mayo cuando mis sentidos llegaron al corazón de Rusia, Moscú, la capital y ciudad principal de la Federación Rusa que se extiende a orillas del río Moscova. Un país de mansiones y residencias veraniegas, de cúpulas doradas, de hombres ilustres y un casco histórico que ha dado paso hacia una nación imponente, de las más dominantes e imperiales de Europa, de un carácter

fuerte y monumental, que ha forjado el pensamiento intelectual, científico, político y económico que ha abierto el camino de una sociedad donde impera la educación y una extensa cultura. Sus monasterios e iglesias revelan el nuevo despertar de la fe ortodoxa abrazada a finales del siglo X. Una nación floreciente cuya naturaleza se refleja en el arte. Un país que guarda un sinfín de secretos en cada color de su bandera como el metro ubicado debajo del Kremlin en caso necesario de tener que huir del país.

Un viaje por Moscú, la capital del país más extenso del mundo, apenas nos daría para descifrar los pensamientos de sus letrados genios, sus textos, su voz, su destacado estilo literario y cómo es que han influido no sólo en la historia de su país, sino en otros autores ¿Qué es lo que podemos apreciar e incluso atesorar de ellos que hace que su literatura permanezca por generaciones? Los escritores rusos han sido artistas leídos, recordados y estudiados en todo el mundo porque sus obras los han hecho inmortales. El ser humano siempre será el mismo y su esencia no cambia, prueba de ello la encontramos en la obra de estos eruditos de las letras porque sus libros no terminan de expresarnos lo que tienen por decir, esto es lo que hace que un libro se convierta en un clásico, porque expone sin importar épocas y clases sociales, el corazón y el espíritu del hombre que permanece desde su creación, y es que como afirmaba Virginia Woolf “Sus novelas están compuestas por el material del que está hecha el alma”. Obras con profundidad psicológica que revelan secretos vitales, que nos hacen comprender las conductas, los deseos, los sentimientos y la complejidad del hombre, porque estos personajes literarios han sabido tocar las fibras más sensibles del espíritu humano al expresar a través de la palabra escrita lo que somos y lo que no somos, o lo que aspiramos a ser.

Cada ciudad, rincón y museo de esta potencia mundial, nos habla de ese tesoro literario que abraza al país y que gracias a ellos, a los escritores rusos, se conserva su historia a través del poder de la palabra escrita.

La obra de estos literatos ha dejado huella en el mundo y los museos rusos dan testimonio de ello al conservar casi intacta su forma de vida y pensamiento a través no sólo de sus palabras plasmadas en manuscritos y cartas, sino en objetos personales como tintas, muebles, fotografías, gustos y costumbres, y, como ejemplo de ello, podemos continuar este viaje literario visitando el Museo Vladimir Mayakovsky, situado cerca de la Plaza Roja, que es el centro de Moscú, y famosa gracias a la Catedral de San Basilio construida por órdenes de Iván el Terrible, símbolo de la capital y la iglesia rusa más reconocida en el mundo cuyas cúpulas parecen dulces con sus alegres colores y que sirve de brújula con cuatro de ellas orientadas hacia un punto cardinal. Según nos cuenta la historia, existen dos versiones relacionadas al color rojo de donde La Plaza Roja toma su nombre, la primera viene por el régimen comunista y por esta razón fue pintada por Stalin y, la segunda y más popular, es que la palabra roja viene del ruso antiguo que significa bonita. Cuando a una persona se le quiere admirar por su belleza, se dice que es una persona roja. En esta misma plaza se ubica el Mausoleo de Lenin, uno de los grandes líderes de la Unión Soviética.

La Plaza Roja es una de las más importantes del mundo y testigo de significativos hechos históricos, además de ser el lugar de encuentro para desfiles militares, festivales de música y ferias de productos típicos. Cerca de esta plaza, se localiza El Museo Estatal de Historia de Rusia, que está dedicado a contar al público la historia del país

Ahora bien, no se puede hablar de Moscú sin mencionar El Kremlin, la fortaleza medieval construida entre los siglos XV y XVII, que se encuentra en el este de La Plaza Roja. El Kremlin es un conjunto de edificios, palacios y catedrales hoy en día declarados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1990 junto con La Plaza Roja. Al día de hoy, el Kremlin se asocia al poder porque en su interior trabajaron los líderes soviéticos y actualmente se encuentra la residencia del presidente ruso. Dentro de los monumentos que se ubican al interior, podemos destacar La Catedral de la Dormición, iglesia donde fueron coronados los zares.

Y bueno, habiendo deleitado a la imaginación o a los recuerdos guardados de este histórico y deslumbrante lugar, podemos trasladarnos a este museo ubicado en la Plaza Lubianka, el Vladimir Mayakovsky, quien fue un poeta y dramaturgo revolucionario, es un museo que nos transporta hacia la Rusia Soviética de principios del siglo XX, y lo curioso de este lugar es que cada piso nos ilustra alguna etapa de la vida del escritor, desde su nacimiento y juventud, sus viajes, su habitación memorial, hasta su muerte, quien fue enterrado en el Cementerio Novodevichy, el más famoso de Moscú, y también declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

Dicho museo, el Mayakovsky, expone al público más de cincuenta mil objetos del escritor, muchos de ellos los adquiría en sus viajes, en este mismo lugar realizó su obra literaria y fue un notable representante de la vanguardia rusa. Este museo presenta una peculiaridad, puesto que no se contemplan los objetos a través de vitrinas como se hace en un museo tradicional, sino que todo se plasma como un laberinto de vida dividido por salas que representan las diferentes etapas de vida del escritor, quien fue un hombre

sencillo y no buscaba lujos. Actualmente se realizan tertulias literarias, musicales y entrevistas entre escritores. Un dato interesante de este museo es que guarda dentro de sus paredes un cuarto de cine para proyectar las películas en las que actuaba.

Conocer estos datos hace de este viaje un recuerdo más memorable y enriquecedor. Y en efecto, para hacer este recorrido más placentero, vayamos al majestuoso Teatro Ruso Bolshói, la pieza central de la escena artística rusa, el más legendario del país y el centro más grande de ópera y *ballet* de la época soviética, porque es destacable y digno de mencionar que, el *ballet* ruso es el mejor del mundo, un arte con historia propia. El Bolshói, que significa grande en ruso, es un teatro opulento del que se dice que desde que se mira su fachada con esas columnas de piedra caliza, se comienza a disfrutar una obra de arte que concluirá en el interior. Un monumento lujoso con finísimas láminas de oro y seda natural. Al ser parte de los teatros imperiales de Rusia, se daban cita celebridades y compositores destacados tanto de Rusia como extranjeros.

La casa-museo de Gorki, otro literato de talla mundial, escritor y político ruso, enfocado en la novela, en el teatro y el ensayo, está ubicada en la mansión del empresario ruso Riabushinski, una obra que ilustra el modernismo moscovita. Gorki, era un gran amigo de Tolstói y de hecho lo menciona en sus memorias, fue un literato apasionado que compartía la misma filosofía de Dostoyevski en cuanto al poder transformador de la literatura para cambiar el mundo adentrándose en el alma de sus personajes, siendo *La madre*, su novela más notable.

Otro gran admirador de la obra de Dostoyevski fue Bulgákov, dramaturgo y médico ruso, quien desde su infancia despertó un gusto por el teatro y la ópera, además de admirar al

talentoso autor o conocido como el último artista del sufrimiento, fue un escritor que desde muy chico sintió un profundo amor por la literatura europea gracias a sus maestros, y más tarde, algunas de sus obras se estrenarían en el Teatro de Arte de Moscú. Su novela más notable y publicada justo después de su muerte se tituló *El Maestro y Margarita*.

Gorki fue un gran amigo para Tolstói, y, recordando a este gigante de las letras, La casa-museo de Tolstói, uno de los museos literarios más antiguos de Rusia, es una joya artística que transporta nuestra alma hacia lo posible, hacia lo humano y lo eterno. Pensar en Tolstói, en este gran escritor ruso, es sentir el espíritu de la literatura, libre y sediento de vida, gustoso por nutrirse de realidad y de descubrir una parte más de la esencia humana para hacerla inmortal. Al igual que Dostoyevski, Tolstói nos anima a contemplar las emociones, y nos mueve hacia la reflexión, a desmenuzar los pensamientos y a generar nuevas ilusiones y deseos a partir de lo que ya existe en nuestro interior.

El autor de *La guerra y la paz* perteneciente a la nobleza rusa y con ambiciones de grandeza, fue un hombre que supo representar a su país, es decir, fue valiente y mantuvo un espíritu de lucha porque solo así podía experimentar los extremos de la vida y abarcar toda la extensión de la experiencia humana. Preocupado por la educación, inventó un alfabeto para enseñar a los niños a leer, fundó su escuela con sus propios métodos pedagógicos y gracias a sus constantes viajes al extranjero donde podía confirmar sus ideas educativas, publica una revista de su autoría exponiendo sus métodos para la educación pública. *El camino de la vida* ha sido una de sus obras más importantes porque en ella plasma su desarrollo filosófico y espiritual. Si pudiera clasificarse,

podría decirse que es una obra dirigida a todo ser humano que esté en esa búsqueda de encontrarse a sí mismo. Sin embargo, un dato interesante es que mucho después de haber concluido su novela *La guerra y la paz*, el autor de *Ana Karenina*, experimentó una depresión creativa que lo hizo pensar en lo repugnante que era ser escritor.

Rusia es un país de grandes, fuertes y valientes, Dostoyevski, el segundo de siete hijos, fue un hombre que supo captar la esencia de la experiencia humana, un soñador y existencialista que partía de la realidad rusa para adentrarse en la psique y explorar así lo que nos hacía humanos. Sus novelas abarcan temas relacionados con la fe, con la razón, con la moral y con la espiritualidad. Es importante destacar que su primera novela *Pobre gente*, tuvo un éxito extraordinario y esto le brindó una imprescindible fuerza espiritual porque Fiódor, fue un escritor que nació del sufrimiento físico y moral, lo cual despertó la sensibilidad de su espíritu hacia la comprensión de las aflicciones ajenas que lo hicieron profundizar en la angustia humana, misma en la que él mismo se encontraba, y así como él fue admirado por otros colegas, su literatura fue inspirada en la obra del poeta ruso Pushkin.

Si nos acercamos un poco a seguir la historia de la literatura rusa, podremos darnos una amplia idea de cómo ésta fue evolucionando por corrientes, durante el Siglo XVIII imperó el clasicismo, que suponía que la Literatura debía de ser escrita reflejando la estructura armónica del universo, el objetivo era el de crear algo eterno y elevado, casi sublime, dejando a un lado lo intrascendente o individual. Este fue desarrollado bajo la influencia de la Ilustración, sin embargo, durante el Siglo XX, la literatura rusa adopta las ideas del sentimentalismo que se caracterizó por una aproximación muy

subjetiva a la realidad, hacia el culto a las emociones, a la naturaleza y a la pureza innata. Esta corriente defendía la riqueza espiritual y la ausencia de vicios, y desemboca en el romanticismo que afirma el culto a la naturaleza, a los elementos y a la armonía entre estos y el ser humano. Para este entonces, la poesía adquiere un nuevo valor, empieza a considerarse un modo de expresar las aspiraciones ideales como las más espirituales del ser humano. A partir de aquí, surge un evento maravilloso en la literatura rusa porque se desarrolla lo que sería el realismo crítico, corriente que representa personajes humanos en sus vínculos con las circunstancias sociales y se centra en analizar el mundo interior del individuo. Entre los escritores realistas destacan Dostoyevski, Tolstói, Gógol, Nekrásov y Saltykov-Schedrín. Por supuesto, más tarde llegaría el realismo sociológico, a finales del Siglo XIX, que refleja los problemas y cambios en la sociedad y el destino de los individuos en ella.

Las narraciones de estos grandes ilustran magistralmente ámbitos del carácter de una nación y responden a las interrogantes del sentir de un pueblo. Sus historias se entretienen con personajes entrañables a través del conflicto y el drama, de las pasiones y las dificultades como lo fueron vivencias en la guerra, sus vivencias juveniles, sus amores e intrigas familiares, sus reuniones y amistades, su visión del mundo y cómo pensaban la vida. Algo verdaderamente plausible es que cada uno de ellos, plasmaba su vida en la historia que contaba porque sabían reflejar la realidad a través del arte.

Dostoyevski, ya habiendo madurado su carrera como escritor tuvo el sueño más grande de su vida que fue el de permanecer

en San Petersburgo, por entonces el centro nacional de la vida literaria.

Moscú ha sido el lugar de residencia de muchos escritores y dio vida a su mundo creativo, esta ciudad forma parte de la columna vertebral de sus obras, si recorremos la ciudad nos sorprenderá encontrarnos con monumentos que con solo mirarlos ya comienzan a contar su historia, cada libro ofrecido por estos grandes, nos cuenta algo de la historia de este majestuoso país y su mundo como literatos. Conocer el contexto bajo el cual vivieron, nos hace empatizar con ellos y comprender mejor el momento en el que su espíritu se encontraba preso, libre, atormentado y regocijado.

No tengo más remedio que regresar inmediatamente a Rusia; aquí desperdicio toda ocasión de escribir algo, pues no tengo a mano el material preciso: la realidad rusa (de donde yo saco mis ideas) y los rusos. A cada momento tengo que consultar o inquirir algo, y no sé dónde. Ando ahora a vueltas con el plan de una novela gigantesca (*Vida de un gran pecador*), que en todo caso, y aunque no se me lograra del todo, haría gran impresión por el tema.

JULIETA

DIANA CAROLINA RAMÍREZ MAYORAL

Julieta fue mi primer amor, la persona de la que quería saber todo y compartir todo lo que era y me pasaba, la conocí en la preparatoria, cuando el azar nos unió para hacer un experimento juntos en el laboratorio de química. Entre soluciones de colores y material de vidrio de todas las formas, aprecié la verdadera forma de aquella mujer, preocupada por hacer el procedimiento al pie de la letra, realizando diagramas en su libreta para que el reporte fuera más entendible, subiendo sus gafas cada que resbalaban por su nariz, y, sobre todo, esos bellos dedos peinando el largo fleco detrás de su oreja.

Desde esa primera clase juntos, nunca pude quitarle los ojos de encima, la seguía con la mirada cuando nos cruzábamos en los pasillos, siempre escogía el lugar frente a ella en el laboratorio, incluso, en los descansos, platicaba con mis amigos cerca de la jardinera en la que ella siempre leía. Julieta era una devoradora de libros, al principio pensé acercarme a ella consiguiendo en la biblioteca los títulos con los que la veía tan apasionada, pero después de poco tiempo fue imposible seguirle el paso, era como si aquella chica pasara las noches enteras leyendo sin dormir, para cambiar de ejemplar el día siguiente.

Después de clases yo entrenaba en el equipo de basquetbol de la escuela, mientras ella se quedaba en el club de fotografía, así que salíamos a la misma hora de la

academia y podía verla una vez más. Ya no recuerdo el número de planes que hice en mi mente para acercarme a ella, tantas ideas enmarañadas que una era más imposible que la anterior, y como resulta predecible, no fui yo quien dio el primer paso.

Ese día, Julieta usaba una falda blanca y un suéter azul rey que parecía, al menos una talla más grande que la suya haciéndola ver adorable, se acercó con una sonrisa alegre hacia donde yo estaba y me habló como si fuéramos amigos de toda la vida, esa sonrisa me hizo dar todo un viaje en mi cabeza ignorando su pregunta. Ella quería saber si yo estaba a cargo de uno de los programas para la semana cultural, pues el club de fotografía estaba encargado de dar seguimiento al evento, enseguida le dije que estaba en el comité del programa que presentaba la música de Vivaldi y tomando esa excusa me ofrecí a ayudarla, no sólo con la parte musical, sino con todo el evento; ahora que el hielo se había roto, no perdería la oportunidad de llevarme mejor con ella.

El evento marchó bien y nos hicimos amigos, como quien cumple un destino del que no puede huir, enseguida congeniamos en carácter, y en algunos autores, de los que logré terminar después de verlos en sus manos, los dos adorábamos el arte de Van Gogh, la poesía de Bécquer y las clases de historia; pasábamos horas platicando después de terminar con nuestros talleres.

Mis amigos se hicieron sus amigos y sus amigas las mías, era común que saliéramos al cine o a pasear a las plazas en grupo, quedarnos después de clases a jugar o platicar. Antes de la semana de exámenes Julieta venía a mi casa a estudiar o yo iba a la suya, llegamos a ser muy cercanos, yo le contaba de mis problemas y ella me contaba

los suyos, los cuales hacían parecer los míos un chiste. Julieta había perdido a su hermano y a su padre en un accidente automovilístico, por lo que sólo eran ella y su madre, quien tenía que trabajar todo el día, por lo que Julieta estaba siempre sola en casa; lo más sorprendente en ella era su resiliencia, pues a pesar de todo, su actitud seguía fresca y alegre, nunca la había visto llorar o parecer triste.

Cada que pienso en mi amada Julieta un fuego acaricia mi corazón, si tan sólo hubiéramos pasado más tiempo juntos, en definitiva, habría hecho lo necesario para que fuese mi novia, la hubiera sorprendido con un gran ramo de alcatraces en su cumpleaños, le hubiese regalado la colección de Wilde que siempre se quedaba viendo en el escaparate de la librería, hubiera enmarcado sus fotografías preferidas y seguro que todos los días la habría acompañado en su juego preferido: pensar en 10 imposibilidades antes de que terminara el día en la escuela, como en la película de Alicia en el País de las Maravillas.

Ocho meses fueron los que pasé a lado de Julieta, tiempo suficiente para enamorarme perdidamente, como sólo un chico de 17 años puede, sin preocupaciones ni prisas, por completo y sin presión, a ella le escribí 24 poemas que, por fortuna para mi dignidad, nunca vieron la luz, ella fue la primera persona a la que amé como hombre, y ese beso de despedida en el aeropuerto es mi tesoro más grande.

-Nada sucede dos veces del mismo modo- Me dijo Julieta una vez, y hoy lo comprobé, cuando la vi en el aeropuerto de la mano de su esposo, o eso supuse por los anillos de oro a juego; seguía tan linda como la recordaba, con aquellas gafas grandes y el flequillo detrás de la oreja, ahora una cámara profesional colgaba de su cuello, como la medalla

de un ganador olímpico, y eso era precisamente ella, Julieta había logrado el sueño que tenía desde niña, trabajar en una revista internacional haciendo reportajes de lugares turísticos. Ahora ella vivía su final feliz y yo el mío a lado de mis dos adoradas mujeres, Carmen, mi esposa, y Leticia, mi hija.

MILES DAVIS, EL HECHICERO

Manuel Rodríguez Elorduy

Artífice, alquimista, mago, hechicero... existen tantos sustantivos para quienes son capaces de transformar los elementos que les rodean en “algo” diferente que marca el rumbo de los acontecimientos desde el momento de su existencia. Muchos de estos personajes han sido despreciados o, en el mejor de los casos, incomprendidos por revolucionarios a los ojos de la gran mayoría, siendo revalorizados casi siempre después a su muerte. Son muy singulares los casos de quienes gozan en vida, por una parte, de anticipación e innovación plasmada en sus revelaciones y visiones particulares y, por otra, el reconocimiento masivo de su genio. Tal es el caso de Miles Davis, personaje lleno de contrastes, quien es uno de los íconos de la tradición jazzística universal. Sin embargo, sabiéndose acreedor de tales distinciones, nunca gustó demasiado de voltear al pasado y, menos aún, de situarse en la zona de confort que había conseguido con el cliché de sí mismo.

Su mejor álbum, tema o solo siempre era el siguiente, el que todavía no estaba consolidado, pero que ya existía de alguna forma en su cabeza y en su corazón, el cual siempre había sido parte de su ser pero, simplemente, esperaba turno para manifestarse. En cada creación, en cada nota, Miles sería capaz de establecer un enfoque completamente nuevo, implicándose de lleno en una exploración insaciable y constante hacia nuevos derroteros. “El primer recuerdo de infancia que guardo- comienza diciendo en su autobiografía- es

una llamarada, una llamarada azul brotando... vi la llama y noté su calor cerca de mi cara. Sentí miedo, verdadero miedo por primera vez en mi vida. Pero lo recuerdo también como una especie de aventura, una especie de alegría fantasmagórica. Supongo que aquella experiencia me llevó a algún lugar de mi mente donde antes no había estado. A alguna frontera, quizá al filo de las cosas posibles... el miedo que tuve fue casi como una invitación, un desafío a entrar en algo de lo cual no conocía nada. Allí creo que empezaron mi personal filosofía de la vida y mi compromiso con todo aquello en que tengo fe... en mi conciencia he creído siempre, y lo pienso desde aquel día, que debo avanzar, ir hacia adelante... lo cierto es que nunca me ha gustado demasiado mirar atrás..."

Esa dualidad de chispa creativa que le atraía irremediamente y, al mismo tiempo, le hacía alejarse de ella cuando transmutaba en llama devoradora, fue la fuerza que lo propulsó toda su vida. Y, con ella, sobrevino la correspondiente dosis de luz y sombra, de contrastes que lo caracterizarían. A la par de los grandes logros, acontecieron períodos de autodestrucción y oscuridad que se tradujeron en largos y desesperantes momentos de adicción, degeneración y encierro. Todo ello quedaría tan desafortunadamente plasmado en la película que realizara Don Cheadle titulada "*Miles Ahead*" de 2016, enfoca únicamente en el lado negativo del protagonista, haciéndolo pasar por un simple delincuente y drogadicto, desvirtuándolo totalmente para quienes desconocen su importante legado.

Al haber sido claridad y oscuridad, luz y sombra, Davis probablemente no hubiera llegado a tan elevadas cimas de inventiva y originalidad si no hubiera tocado fondo tan hondo. Y así, mediante este claroscuro constante, establecería un estilo tan característico que marcaría la pauta a seguir en el jazz contemporáneo. Fue, sin

duda, el parteaguas y la punta de lanza en quien germinarían las principales corrientes del jazz del siglo XX.

Su enfoque visionario lo llevó a mudarse desde muy joven a Nueva York , bajo el pretexto de estudiar en la afamada Juillard. El apoyo que recibió de sus padres en dicha empresa, fue únicamente una estrategia para poder acudir a los “*jamm sessions*” que lo harían codearse con las figuras más importantes del género en aquel entonces. De este modo, formó parte de la agrupación nuclear por excelencia del *Be-Bop* , al colaborar al lado de los inigualables Bird y Diz, contribuyendo decisivamente en el desarrollo y dirección de esta corriente estética. Ello lo llevaría, desde entonces, a situarse entre los músicos con las tendencias más vanguardistas y, prueba de ello, es que poco después sería precursor del *Cool Jazz*, caracterizado por impresionantes arreglos contrapuntísticos para conjuntos de metales. Todo esto, finalmente desembocaría en la realización de varias obras orquestales, las cuales realizaría en conjunción con el gran arreglista Gil Evans.

Sin embargo, al ir adquiriendo prestigio, Davis conformaría sus propios ensambles, en cuyas filas se irían agregando las participaciones de quienes posteriormente serían los más grandes exponentes del jazz. Su primer gran quinteto, agruparía a leyendas tan impactantes como John Coltrane o Bill Evans, entre muchos otros, cuyo legado es invaluable. Pero no es sino con la llegada de su segundo quinteto que realmente, a mi parecer, surge la agrupación estelar por antonomasia; la que anticipará y sentará las bases de los nuevos recursos, *approaches*, tratamientos, arreglos y conceptualizaciones en general que adoptará el jazz de ahí en adelante, manifestándose en una de las expresiones musicales que, a mi parecer, ha sido una de las más avanzadas que hayamos podido imaginar...

Después vendría el desarrollo del *Jazz Fusión* y su variada paleta rítmica y tímbrica, que llevarían su carrera por caminos relacionados al rock y explorarían vertientes de lo que más adelante se llamaría “world music”. Y todo ello transmutaría, más adelante, en una exaltación cada vez más sofisticada de la influencia negra, en temas que conjuntarían a la perfección el soul, el *RandB*, el funk, el pop e inclusive el hip-hop y la música disco, todo con el más característico sello personal de Davis.

Es impresionante ver retrospectivamente la obra de Miles y observar todas las posibilidades artísticas a las que ésta dio lugar, los lugares tan exquisitos que después de haber sido recorridos por su trompeta, se volverían terreno común y que, sin embargo, nunca sonarían igual que aquella primera vez que fueron concebidos, así como cuando un explorador llega a su meta por vez primera. Al escucharlo, evoca en nosotros esa emoción primordial del alquimista que trae a la existencia un nuevo aspecto de la realidad, conformado con los mismos elementos que siempre la han constituido y, sin embargo, dispuestos de forma tan singular que emerge algo completamente innovador, remitiéndonos íntimamente hacia el sentimiento mismo de quien está descubriendo nuevos planos y dimensiones.

Al haber sido Miles una celebridad de tal magnitud, fue víctima de las circunstancias de su tiempo. Y uno de los principales conflictos que tuvo que enfrentar, fue el racismo encarnizado de los Estados Unidos durante las décadas de los 50`s y 60`s. Por ello, no es de extrañar que, a lo largo de su carrera, surgieran constantemente disputas de esta índole que lo llevarían a polarizarse hacia la cultura negra. Inclusive, hacia el final de su vida y con todo el reconocimiento que mereció, no pudo evitar ser rechazado y denigrado.

Miles había sido invitado a una cena de gala en la Casa Blanca debido a su destacada trayectoria: “En la limusina que nos llevaba a la cena en la Casa Blanca... apenas entramos en el coche, una de las mujeres blancas dijo - Miles, el conductor de la limusina dice que le gusta tu forma de cantar y que tiene todos tus discos”. Me enfurecí inmediatamente... las dos mujeres blancas estaban en la parte trasera de la limusina con nosotros ¿entiendes? Entonces una de ellas se volvió hacia mí y me dijo “Miles, estoy segura de que tu “Mammy” se sentirá orgullosa de ti si sabe que vas a ver al presidente”. Me volví y le dije “Mi madre no era ninguna puñetera “Mammy” Esa palabra ha pasado de moda y la gente ya no la usa. Mi madre era más pulcra y elegante de lo que usted será jamás y mi padre era médico. Por lo tanto, no vuelva nunca a decirle nada parecido a una persona de piel negra”.... En la cena... la esposa de un político dijo alguna tontería con respecto al jazz como ¿Respaldamos esta forma artística solo porque es de aquí, del país y es arte auténtico o simplemente nos mostramos indiferentes e ignoramos el jazz porque ha surgido de nuestra tierra y no ha venido de Europa y porque ha nacido de la población negra?... Miré a la mujer y le dije “¿Esto qué es? ¿La hora del jazz? ¿Por qué me pregunta una cosa como esa?”... Ella me miró y y enrojeció, confundida, luego dijo: “Bien ¿Qué es lo que ha hecho usted en su vida que sea tan importante? ¿Por qué está usted aquí?... La mujer se lo había buscado, así que le dije: “Veamos, yo he cambiado la música cinco o seis veces, de modo que supongo que eso es lo que he hecho, y supongo que no creo en tocar solamente composiciones de blanco”. La miré con frialdad y añadí: “Ahora dígame usted que cosa ha hecho que tenga alguna importancia, aparte de ser blanca, lo cual no es importante para mí; cuénteme cuáles son sus títulos para reclamar la fama”.

INGLATERRA - BATH

Manuel Rodríguez Elorduy

Tengo una segunda patria a donde fui a dar por una casualidad que resultó afortunada. Se trata de Inglaterra, un país del cual no sabía realmente nada antes de conocerlo, y que nunca me atrajo especialmente, claro, salvo por el excelente rock que ahí se hace.

Rememorando, después de haber vivido uno de los episodios más devastadores de toda mi vida en. 2010, llegué a uno de esos puntos donde la existencia se transforma en crisis absoluta. Y no me dio otra alternativa que orientarme hacia el autoexilio. Ya no tenía caso estar en México y se hacía inminente buscar otro lugar, lo más lejano posible a todo lo conocido. Y, como siempre, el universo conspiró a mi favor, ya que, casi de manera inmediata, recibí una llamada de una gran amiga a la que no veía hacía ya muchos años. Me platicaba que, entre sus múltiples peripecias, se había ido a vivir a Inglaterra con un muchacho del cual se había enamorado. Preguntó sobre mi vida y le platiqué mi infortunio. Entonces entendí el propósito de su llamada: Recibí una invitación para conformar un proyecto musical en el cual participarían ella misma, excelente vocalista y su novio, guitarrista. A ellos siempre les había gustado mucho mi trabajo y pensaban que yo era el músico idóneo que necesitaban para despegar y desarrollarlo plenamente. Me pedían que me fuera a vivir con ellos, y me explicaban que ya tenían todo planeado para que mi estancia allá fuera la óptima. Entonces, con una enorme incertidumbre a cuestas y, “echando el volado” a favor del viaje, “quemé mis naves” en México, muy dolorosamente cerré los pendientes que aún tenía y, reuniendo valor, emprendí la aventura.

Tuve la suerte de conseguir un vuelo que me regaló un amigo que era capitán de Aeroméxico. Era de esos que llaman “sujeto a cupo”, es decir, que al ser de cortesía, tenía que esperar que el avión tuviera un lugar disponible para poder

abordar. Desde ahí, comenzaron mis aventuras aeroportuarias. El trayecto hacía escala en Francia, por lo que llegué al Charles De Gaulle. La enormidad del lugar me impactó y tuve que buscar, como pude, la puerta de conexión para el vuelo hacia Bristol. De nuevo fue grande la espera hasta que hubiera un lugar disponible. Estaba exhausto y, durante el vuelo, no había podido descansar mucho. Además, me habían advertido sobre el rigor de los protocolos de acceso a Inglaterra y ello me tenía muy nervioso. Ya a varios amigos los habían regresado sin una razón realmente de peso. Ya llevaba unas veintitantas horas de viaje, entre esperas y traslados, cuando arribé a Bristol y, a pesar de que el personal de inmigración me hizo varias preguntas, finalmente, llegué al destino.

Al salir de la aduana, mis amigos ya me aguardaban con alegría. Regresamos de noche y no me di cuenta de la hermosura que me esperaba hasta que desperté, después de dormir casi todo el día siguiente. Se trataba de la histórica Bath, uno de los centros más sagrados de los ingleses. El lugar es paradisíaco y consiste en uno de los principales centros de descanso y esparcimiento en ese país. Su nombre proviene de los baños que los romanos construyeron ahí al conquistar la región. Y ello no fue por casualidad, ya que se dice que toda esa área tiene una especie de microclima, por así decirlo, el cual no permite que entre de lleno el frío que prevalece en la mayor parte de la isla. Además, existen manantiales subterráneos los cuales favorecen la salud y tienen propiedades curativas. Sobre uno de ellos, precisamente se construyeron las albercas y pozas que servirían como lugar de relajación a los legendarios guerreros. Dichos baños, se encuentran rodeados de numerosas estatuas representando a sus deidades más importantes y todo el complejo se encuentra dos niveles abajo del piso. Están dedicados a la diosa Sullis Minerva, divinidad con poder de curación. Para mí, curiosamente esa edificación fue un lugar de protección en todos los sentidos, ya que en su enorme “*hall*”, muchas veces los músicos nos resguardábamos del fuerte frío que hacía en el invierno. Recuerdo que se encontraba una estatua de Dickens ahí mismo y, al verla, de una forma íntima me sentía confortado, sobretodo cuando me encontraba en alguna situación económica o moral difícil. Era como si el autor de “*Oliver Twist*” pudiera entenderme profundamente, y me acompañara en las situaciones más desafortunadas, mis amigos ingleses dirían las “*shituations*”.

A un lado del Museo de los Baños Romanos, se encuentra una construcción monumental. Es la Abadía de Bath, lugar clave de la iglesia anglicana,

fundada en el s. VII. La plaza que las une es bellísima y uno siente ahí la confluencia entre diversas épocas, tan distantes y, sin embargo, tan cercanas geográficamente. Y era precisamente en esa “*Square*”, término con el cual se les denominan a las plazas; y eso me gusta mucho de los ingleses, ya que tienen sus propias denominaciones para cada cosa y las establecen de modos muy particulares, donde por mucho tiempo mis amigos y yo hicimos las tocadas callejeras que representaron nuestro mayor ingreso económico. A ese sitio, le llamábamos nuestra “oficina” y siempre será uno de los lugares más entrañables que podré recordar.

Ese punto es el corazón de Bath. De ahí, uno puede decidir irse al pasado o al futuro. La ruta desde donde yo vivía hasta este último lugar es de ensueño. Todo empezaba en el edificio donde inicié esta aventura. Se encontraba en *Laura Place*, en el ático de una construcción victoriana perfectamente conservada. Realmente, en nuestro “*flat*” (término usado para nombrar a un departamento minúsculo), teníamos que caminar un poco agachados en ciertas partes por la reducida altura. Mi cuarto tenía una vista privilegiada hacia la glorieta de *Laura Place* y, desde la mini-cocina que se encontraba en la parte opuesta, se veía un campo de Rugby. Después de bajar los ocho pisos con olor a curry y salir hacia la izquierda, se caminaba por una calle hermosísima llamada Argyle St. Ésta se convertía en el Pultney Bridge, por abajo del cual pasa el Río Avon. La vista de todo aquello era anonadante. Se veían los botes flotando y los andadores a lo largo de la orilla. Había un jardín que evocaba al de Alicia en el País de la Maravillas. y, si uno bajaba por las escaleras para acercarse a las márgenes, se encontraban muchas sorpresas: bares situados abajo del puente, una tienda donde arreglaban instrumentos ancestrales, como violas da gamba, exhibidos en un gran mostrador... Y ahí, escondido, junto al río, estaba el laberinto de Sullis, representación simbólica con una cara infernal de la diosa en su centro y unos complejos trazos circulares circundándola.

Al volver a subir al puente, donde por cierto yo paraba todas las mañanas para comprar de desayuno un “*flapjack*” en una de las tiendas de exquisita repostería que hay ahí, el camino desembocaba en el edificio donde se encontraba el *Guildhall Market* y, a la vez, los recintos gubernamentales. Hablando de libros, un área considerable de dicha locación, se destinaba para la compra-venta de libros usados, y ahí conseguí algunas joyas de las cuales pocas pude traer conmigo tales como una compilación de relatos cortos de Agatha Christie, todo el Padre Brown de

Chesterton y la saga de Ambar de Zelazny. Hacia la izquierda, se encontraban varios locales y había un restaurante turco donde, cuando obteníamos más dinero del que teníamos dispuesto para la renta, íbamos a comer al Cappadoccia Turkish Restaurant. Para nosotros, esas eran ocasiones muy especiales, donde degustábamos auténticos manjares, y ahí me volví “amigo” de algunos árabes con quienes pasé ciertas ocasiones tocando *maqams* y tomando licor en lo más crudo del invierno. Siguiendo en el sentido de la calle y, prácticamente de frente a la Abadía, se encontraba un impactante hotel que, según cuentan, es uno de los más lujosos al menos de la región, el cual me parece se llama “*The Bath Priory*” y es legendario porque tiene tres suites en lo más alto, con techos de diferentes formas según el grado de lujo al que pertenecían. Finalmente, cruzando esa calle nuevamente hacia la izquierda, se llegaba a la Abadía y a los Baños, la “oficina”.

Partiendo otra vez de Laura Place, si uno cruzaba a la acera de enfrente, se llegaba a Henrietta St. y, andando unos cuantos pasos, se encontraba uno de los parques que más disfruté en mi estancia ahí Henrietta Park, a solo cinco minutos de mi casa. Y es que, andando por sus jardines, había una sección pequeña del parque bardeada, pero accesible. Y ésta se convirtió, poco a poco, en uno de mis lugares emblemáticos. Se entraba por una cerca de madera y había un pequeño estanque con bancas rodeándolo, y sobre él, crecían lirios y otras plantas bellísimas que le daban un colorido muy especial a la escena al estilo de los impresionistas. Ese era mi lugar sagrado y, cuando quería estar en paz, me dirigía a una de las bancas del fondo a contemplar el lago y los peces, que se podían ver a simple vista. Era bellísimo.

A partir de ahí, se podía regresar hacia Pultney Bridge, nuevamente por Argyle St. y se abría súbitamente el abanico de opciones para visitar. Recuerdo que uno de mis lugares favoritos era la casa donde había nacido Jane Austen y como caminaba a través de la calle Upper Borough Walls y, de alguna extraña forma, daba con el recinto de la gran novelista por Gay Street. Había una cancha-parque bellísima llamada Queen Square cerca de ahí, donde se practicaba un juego que nunca supe cuál era, tipo Criket, y en el cual se empleaban este tipo de palos y demás instrumentos. Los músicos solíamos ir ahí al terminar de tocar y comprábamos, casi siempre, un “*ale*” o una sidra, porque muchas veces no había dinero para las cervezas y nos sentábamos a ver ese juego tan extraño y a disertar sobre armonía, ritmo, arte y demás cuestiones estéticas y metafísicas. Yo nunca he leído a Jane Austen, pero mis amigos me comentaban tanto de ella y las vivencias

que habían acontecido ahí, que creo que aprendí más de ella en esos parajes, que lo que podría aprender en sus textos. Aún tengo esa deuda pendiente.

Estaba viviendo un período muy fuerte de mi vida y el invierno en Europa es muy crudo. Llegó el momento en el cual me tuve que salir de la casa de mis anfitriones por problemáticas intensas y ajenas a mí que se fueron suscitando sobre la marcha y varios amigos me ayudaron, dándome asilo. Llegué a vivir en Cavendish Crescent, término que alude a una de las construcciones más singulares de Inglaterra, muy lujosa y con forma de herradura, como en el caso del Royal Crescent, uno de los edificios más importantes de Bath y, posteriormente, después de pasar una auténtica odisea, un gran amigo me recibió en su casa, situada en New King Street. Ahí empecé a conocer la astrología y demás cuestiones esotéricas, ya que en Bath y en otros lugares cercanos Glastonbury, Avebury, se practica la afición tan británica al misticismo. Solo sabía que mi signo astrológico es Acuario y nada más. Y, uno de esos días oscuros, metafórica y literalmente, salí de mi nuevo hogar y estaba viendo las residencias alledañas cuando me di cuenta de que, a unas cuantas casas de ahí, se encontraba la vivienda de William Herschel. Después de hacer averiguaciones, resultó que en ese lugar se había descubierto el planeta Urano, que es el que rige el signo astrológico de Acuario. Además, al frecuentar el diminuto museo, me enteré que Herschel también era músico y había hecho toda una teoría musical con relación a los planetas y, en particular, sobre Urano. Ese solo hecho, me cambió la perspectiva del viaje y me reconfortó mucho interiormente, haciéndome saber que, de alguna forma, no era casualidad mi estancia por esos lugares.

LA HORA FELIZ DE UN AÑO DIFÍCIL

Carmen Vega

Mi hora favorita se integra con sesenta minutos de soledad, sin compañía, sin pendientes por hacer, sin prisa. Es un espacio conmigo misma, para escucharme, organizar mi vida y consentirme, un bien difícil de obtener.

Este primer trimestre del año y el pasado han sido complicados en especial, he tenido miedo, incertidumbre por la salud de mis seres queridos, la vida y su brevedad tiene un nuevo significado, se sufre o se disfruta.

El encierro me ha obligado a tener varias horas de soledad, mis hijos y esposo se encuentran en sus respectivas actividades en línea, la cuarentena me ha conectado con actividades que antes realizaba de forma automática para concentrarme en una actividad central, el trabajo en la oficina; pero ahora, en casa, las prioridades han cambiado, la salud de mi familia es prioridad y en particular, mi bienestar. Ahora cocino y lo hago de forma saludable, comemos en familia y nos escuchamos, he retomado la lectura, cuido mi jardín, mis mascotas.

El dejar de trasladarme de un lugar a otro, con el conocido tránsito de la ciudad a abonado a mi extraña tranquilidad, debo reconocer que el trabajo de oficina en casa, conocido como *home office* es complicado, el internet lento,

videoconferencias con los gritos del señor del fierro viejo de fondo, la campana de la basura, el gas y hasta el tamalero oaxaqueño, olores de la cocción de los alimentos desde temprano, en fin; pero, por otro lado, tenemos esa soledad que invita a reflexionar constantemente, a vivir el día como si fuera el último, porque en estos tiempos, tal vez así sea.

DOMINGO EN BICI DE MONTAÑA

Alejandro Mejía

Seis de la mañana, desperté más temprano que los sábados anteriores, puede ser por la música del radio que olvidé apagar. Me quedaré despierto estoy decidido, por lo menos esta vez papá no me dirá que me quede jugando *Nintendo* toda la noche, si supiera que desde que el abuelo me regaló los libros de Salieri, prefiero jugar por el día y leer por la noche, cuando no hay ruido.

Tuve otra vez esa pesadilla en el que estoy junto con unos amigos jugando a las canicas, yo tengo una de color rojo, Edgar una azul, Juan Carlos una amarilla y unos gemelos que tenían unas negras con puntos que parecían galaxias, lo raro era que su mirada se dirigía a un señor de edad avanzada, de cara redonda. Llevaba anteojos oscuros y cuadrados. El señor avanzo hasta que se colocó frente a nosotros, trataba de decirnos algo, pero su boca no emitía sonido alguno.

Hoy recuerdo con más claridad todo, quizá porque desperté más temprano y tengo la pesadilla más fresca en la mente. Entusiasmado con la idea de ir a pasear en bici, miro el reloj y avanza lento, ya quiero estar de nuevo pedaleando en la montaña donde el camino, la hierba y las flores de colores amarillos, violetas y naranjas, me dan la sensación de disfrutar y capturar cada minuto por la vereda.

Desde hace un par de años estaba convencido que mi deporte no era el fútbol, ni el básquet, sin duda era la bicicleta, esa idea se me incrustó en la cabeza después de ensayar las primera rodadas. Se convirtieron en una intrépida rutina al Ajusco cada tercer sábado de mes. Lo particular fue que cuando veníamos descendiendo, se escucharon ruidos, al principio

como truenos, después como pasos fuertes y rápidos, algunos mugidos acompañaron el escándalo. ¡Cuidado con las vaaaacas!

Al querer pedalear con más intensidad, mi bici se puso se volvió un bucéfalo rebelde y sin control caí en un bache, lo que provocó, que me diera una vuelta de ciento ochenta grados. Caí con la rodilla en el manubrio y el brazo en una piedra, -si quiera que estás bien- dijo mi padre, los dos sonreímos, mientras nos tranquilizábamos, sentía que mi vida pendía de un hilo.

En la cena le contábamos al abuelo que nos habíamos salvado de esas vacas, mientras que el nos servía ese platillo que gustaba tanto en preparar, ancas de rana en salsa roja de chile morita. Su avidez como cocinero le llevaba a mezclar sabores y olores. Nos contó que el trabajo algún tiempo en el Ajusco y que lo que sucedió con las vacas era para darles comer sal.

DIRECTOR DE ORQUESTA

Alejandro Mejía

En algunos días de vacaciones salíamos a jugar mis hermanos, mis primos y yo íbamos a un parque llamado “cruz azul”, nos quedaba a un par de calles, por la colonia Lomas Estrella. Nos encontramos con otros jóvenes, que estaban en el campo jugando, alguien de ellos nos pregunta si queríamos echar la cascarita, como se dice, a un partido de fútbol callejero, nos organizamos. Éramos seis de cada equipo.

Si además de la regla del que es el balón decide el tiempo, es que a veces o el más gordito o el más “chavo” es el portero, yo era el menor de la familia, a mí me tocaba ser portero, aunque no estaba de acuerdo. Me gustaba entrenar pensando que podía jugar como esa selección de brasileños al estilo Ronaldo o Bebeto, o porque no de la vieja escuela del Calcio Italiano.

Cuando escuche –pásenle los guantes a Alejandro—se rompieron mis ilusiones, aunque como buenos amigos, me animaron diciendo que lo podía hacer bien como Rene Higuita o incluso como el Brody Campos, me anime a jugar, me anotaron tres goles, antes de que fuéramos al match o como se dice: el gol gana.

El partido estaba empatado a 3 goles y se definía en gol de oro, camine unos pasos y me encontré con una varita que debió de caer de alguno de los árboles, avance otros pasos más y había algunos troncos cortados, parecían escalones que me llevaban a llevarme hasta una peana, que me colocaba por arriba del campo, me dejo llevar y hago movimientos imitando como si estuviera en un concierto, dirigiendo el sonido de los violines, los chelos, el fagot, no lo puedo creer.

Aleeex!! Siento la magia del viento recorrer que recorre mi cara, la música con que suenan las ramas, las hojas que mueven con el ritmo, a los lejos escucho, Poortteerooooooooo!! Saaaaa!!!! Pooooooooorterooooooooo!!

Mis ojos vuelven al partido, veo que viene un delantero, solo le falta vencer a mi primo Ivan que no es muy diestro, pero el delantero, venía haciendo varios *dribles*, le quebró la cintura y quedo solo frente la portería, no me dio chance de acomodarme y lanzó el disparo, haciendo un madrugete. Corrí lo más rápido que pude, hasta que me avente, para ver si conseguía desviarla con la mano izquierda, pero solo conseguí rosarla y esto solo sirvió para darle un efecto más dramático. Bien hecho Morricone! Eres grande, Gracias, por ponerte a dirigir.

En algunos días de vacaciones salíamos a jugar mis hermanos, mis primos y yo íbamos a un parque llamado “cruz azul”, nos quedaba a un par de calles, por la colonia Lomas Estrella. Nos encontramos con otros jóvenes, que estaban en el campo jugando, alguien de ellos nos pregunto si queríamos echar la cascarita, como se dice, a un partido de futbol callejero, nos organizamos. Éramos seis de cada equipo.

Si además de la regla del que es el balón decide el tiempo, es que a veces o el más gordito o el más “chavo” es el portero, yo era el menor de la familia, a mí me tocaba ser portero, aunque no estaba de acuerdo. Me gustaba entrenar pensando que podía jugar como esa selección de brasileños al estilo Ronaldo o Bebeto, o porque no de la vieja escuela del Calcio Italiano.

Cuando escuche –pásenle los guantes a Alejandro—se rompieron mis ilusiones, aunque como buenos amigos, me animaron diciendo que lo podía hacer bien como Rene Higuita o incluso como el Brody Campos, me anime a jugar, me anotaron tres goles, antes de que fuéramos al match o como se dice: el gol gana.

El partido estaba empatado a 3 goles y se definía en gol de oro, camine unos pasos y me encontré con una varita que debió de caer de alguno de los árboles, avance otros pasos más y había algunos troncos cortados, parecían escalones que me llevaban a llevarme hasta una peana, que me colocaba por arriba del campo, me dejo llevar y hago movimientos

imitando como si estuviera en un concierto, dirigiendo el sonido de los violines, los chelos, el fagot, no lo puedo creer.

Aleeeex!! Siento la magia del viento recorrer que recorre mi cara, la música con que suenan las ramas, las hojas que mueven con el ritmo, a los lejos escucho, Poorteeroooooooooo!! Saaaaa!!!! Pooooooooorteroooooooooo!!

Mis ojos vuelven al partido, veo que viene un delantero, solo le falta vencer a mi primo Ivan que no es muy diestro, pero el delantero, venía haciendo varios *dribles*, le quebró la cintura y quedo solo frente la portería, no me dio chance de acomodarme y lanzó el disparo, haciendo un madrugete. Corrí lo más rápido que pude, hasta que me avente, para ver si conseguía desviarla con la mano izquierda, pero solo conseguí rosarla y esto solo sirvió para darle un efecto más dramático. Bien hecho Morricone! Eres grande, Gracias, por ponerte a dirigir.

PEPE

Alicia Rubí Guerra

Mi nombre es Juan José y tengo 43 años.

Nací en una colonia tan popular como mi nombre y por razones que mi psicólogo aún no me ha ayudado a entender, jamás me gustó que me llamaran Pepe. Como maldición gitana, era lógico que todos me conocieran por Pepe y mientras más me aferraba a decir que mi nombre es Juan José, todos se empeñaban en decirme Pepe.

Mis padres construyeron una casa –en la que viví muchos años– con la esperanza de tener cinco hijos que jugaran dentro de ella, y solamente porque así se le dio la gana a la naturaleza, nací solamente yo en un intercambio de vida con mi madre a quien no conocí pero sigo imaginando.

Mi padre nunca volvió a casarse, pero numerosas mujeres recorrían la casa con frecuencia. Recuerdo a mi padre advertir a cada una antes de su entrada “pero tengo un hijo” como si yo fuera un perro que mordiera, en muchas ocasiones pensé en poner un letrero como aviso en la entrada “cuidado con el hijo” sin embargo me tuve que conformar con un letrero de “no estacionarse en la entrada”.

Los vecinos no solamente no respetaban la entrada de mi casa sino que tiraban basura por las madrugadas. Yo, en mi empeño de pertenecer a mi colonia, salía sistemáticamente a las 06:14 de la madrugada a barrer el gran pedazo de acera que me tocaba, me

daba vergüenza que el basurero pasara y pensara que yo era el responsable de la suciedad de mi acera; los letreros invitaban a cualquier persona a comportarse cívicamente “por favor, no tire basura”, “por favor, recoja las heces de su perro”, “por favor, no se estacione en mi entrada”...con el paso de los años eso nunca cambió.

Como era de esperarse, todos los vecinos me conocían por Pepe, en fin, si mis letreros tenían poco éxito para que me respetaran, la inconformidad verbal y manifiesta ante tal apelativo no cambiaría nada.

Al morir mi padre, la casa parecía inmensa para llenar, los recuerdos no bastaban, es más, me estorbaban; pero Frida, con su calidez de mujer, la llenó de ilusiones y esperanzas renovadas.

Frida y yo nos conocimos en un viaje a España, ella es periodista y una mujer extraordinaria. Tenemos no solamente recuerdos en común sino dos pequeñas estrellas que iluminan todas mis noches, aunque hoy ya no las vea.

Cuando Frida aceptó irse a vivir conmigo, yo quería salirme de mi colonia, pero la casa era generosamente grande; así que juntos materializamos ilusiones y alegrías. Mis dos pequeñas estrellas llegaron como un par de ases que te salvan de cualquier desventura y la casa por fin se llenaba de risas y encuentros en un patio con fogata.

Al paso del tiempo, la inseguridad en mi colonia –como en tantas otras– comenzó a acrecentar y decidimos poner cámaras de vigilancia en la entrada, como si fuera una garantía de protección, yo quería vender la casa y Frida se aferraba a conservarla.

Cual imán ante las adversidades, un vecino que se había aferrado durante los años a dejar sus microbuses a lo largo de mi acera y, por supuesto, estorbando incuantificable número de veces mi entrada, llegó con un cinismo y alegría envidiable:

–¡Pepe, qué bueno que pusiste cámaras! Ahora sí voy a saber quién me raya el microbús y se roba mis llantas.

Extrañado por su familiaridad que no nos caracterizaba, le comenté que la cámara era para vigilar mi entrada, no para estar al pendiente de carros ajenos que me estorbaban.

–Pero Pepe, hermano, te voy a dar cincuenta pesos al mes para que me echés la mano.

Ese día me metí a mi casa más que encabronado, no solamente mi vecino era un pendejo maleducado sino un cínico cabrón.

Frida me tranquilizó y las risas de mis niñas hicieron que olvidara todo.

Así, tuvieron que pasar tres años desde que mis hijas nacieran para que yo me diera cuenta de que mi esposa me engañaba con un vecino que vivía a dos cuadras. Irónicamente su nombre es José, como si no fuera suficiente tener que haber compartido a la mujer, también compartíamos el nombre.

Después de darme cuenta de su infidelidad, Frida y yo fuimos varias ocasiones a terapia para rescatar algo que quizá nunca existió. Las terapias nunca sirvieron, después de un año de intentos fallidos tuve que ir solo a la última terapia, únicamente para anunciar una derrota inminente; y, casi como un acto de caridad ante la adversidad, mi terapeuta me propuso ayudarme a atravesar la separación, aunque su especialidad fuera la terapia de parejas.

Casi de manera inmediata tuve el impulso de rechazar su ofrecimiento, ¿qué podría ofrecerme alguien cuya especialidad era mi derrota? Después de un par de minutos en silencio accedí, después de todo me ahorraría contarle varias cosas que él ya sabía, así que mi resignación concluyó con una afirmativa. No hay consejo más sincero que por aquel que pagas.

Acordé con Frida que ella y las niñas se quedaran con la casa y más tardé en hacer el ofrecimiento que ella en acceder e invitar a su relativamente nuevo José a vivir con ella.

Fue el siguiente sábado cuando pasé a la que era mi casa, recogí mi ropa y un par de efectos personales. La casa estaba sola, Frida, José y las niñas habían salido, ese había sido el trato para que yo pudiera ir.

Pasadas poco más de dos horas, mi vecino fue a tocar enérgicamente el timbre de la casa, acudí a su llamado solo para encontrar su reclamo:

–Pepe, me robaron dos llantas y rompieron mi parabrisas, ¡exijo que me digas quién fue! Sé que no te he pagado los cincuenta pesos que acordamos pero somos vecinos y amigos, tienes que decirme quién fue.

Por supuesto que yo no tuve humor para revisar las grabaciones de las cámaras y le cerré la puerta en la cara.

Al día siguiente por la mañana, Frida me llamó molesta, exigiéndome que fuera inmediatamente a la casa para ver lo que sucedía.

Al llegar a la que durante tanto tiempo fue mi calle, advertí a la lejanía unas letras en la barda de la que era mi casa y a mi vecino manejando magistralmente latas de aerosol para graffiti:

“Pepe culero maldito!”

Lo curioso fue que la frase se repetía como una letanía. A decir verdad, me sorprendió la caligrafía de mi vecino, su claridad era admirable.

No me atreví a tocar el timbre de la que fue mi casa durante tantos años, pero agradecí que mi vecino me hubiera regalado un momento memorable que se ha convertido en mi anécdota favorita para contar a mis amigos.

Mi nombre es Juan José y hubo una ocasión en la que me gustó que me llamaran Pepe.

RECUERDO

Diana Carolina Ramírez Mayoral

La memoria de los humanos es tan fascinante como relativa, sucesos importantes pueden borrarse de inmediato, mientras que momentos, al parecer, intrascendentes, se quedan grabados en la mente. Asimismo, lo que se guarda en el cajón de los recuerdos, no necesariamente corresponde a una vivencia personal, puede ser un sueño, una frase de un libro, un aroma, una palabra, una voz, incluso una sensación.

Presumo de tener una buena memoria para lo que me importa, recuerdo muchas escenas de mis primeros años de vida, así como varios sueños y pesadillas. En mi cofre de tesoros, tengo una escena, la más antigua y bella, de la que no tengo certeza que haya sido real, quizás sólo haya sido producto de mi imaginación, pero no por ello menos importante y significativa.

Cuando tenía poco más de dos años, nació mi hermano, Alfredo. A pesar de no entender lo que significaba tener un hermano, mi corazón se llenó de emoción cuando mi tía me dijo que ya había nacido y debíamos ir por él y mis padres al hospital. Cuando llegamos vi un gran pasillo blanco y en una de esas camillas yacía mi madre con una bata inmaculada, el suero dejaba caer una gota de vez en cuando, como queriendo llamar la atención.

Mis ojos sólo podían ver blanco, tanto en los pisos que reflejaban las lámparas del techo, como en las largas paredes sin ningún adorno, en las pulcras sábanas que abrazaban a las nuevas madres y en los inmaculados uniformes de las monjas

que también eran enfermeras, me pregunté si así se vería el cielo cuando uno moría e iba a la morada de dios. A pesar de estar preocupada por mi madre, pues se veía cansada y adolorida, mi interés estaba en encontrar a aquella persona que llegó a este mundo para ser mi hermano.

Mi padre me cargó y me preguntó si quería conocer al nuevo integrante de la familia, de inmediato asentí, sólo estaba ahí con e se objetivo. A lado de la cama de mi madre había una pequeña caja de plástico transparente, tenía varias sábanas blancas y una cobija con muchos ositos que flotaban gracias a que cada uno tenía un par de globos. Entre esas mantas conocí la ternura encarnada, un pequeño bebé que jugaba con sus puños cerrados mientras movía su boquita, como descubriendo lo que su cuerpo era capaz de hacer.

Esa imagen es uno de los momentos más felices que guardo en mi memoria, es capaz de calentar mi pecho y llenar de lágrimas mi rostro de sólo recordarlo, sin duda, es el recuerdo que usaría de tener que convocar un *patronus*. Ese momento es el que me ha inspirado y dado fuerza en muchos momentos, por el simple hecho de saber que ese pequeño ser sigue existiendo en mi vida.

ROBERTO

Heymman Revelo

Cerca de cumplir 60 años, su salud afectada con Parkinson, cáncer de tiroides grado cinco y una cirrosis controlada. Roberto frente a la ventana de su habitación hace un examen de su vida pasada, donde sus recuerdos se enfocan en una vida de excesos de todo tipo.

Nació en una ciudad pequeña dentro de una familia conservadora donde el padre tenía como profesión la docencia con ingresos modestos que debían alcanzar para la manutención de una esposa y nueve hijos. Es el menor, consentido por todos sus seres queridos incluyendo amistades cercanas a la familia.

Su infancia transcurrió sin complicaciones mayores; era una época que no estaba aun contaminada por el mercantilismo de artículos de este tiempo. El comercio satisfacía las necesidades básicas del momento. A pesar de su sobrepeso era feliz, sus amigos eran vecinos que colindaban con su casa, niños de buenas costumbres como él.

Se diría que su historia empieza en la secundaria o educación media cuando llega al gran colegio de la ciudad; conocerá compañeros pertenecientes a entornos diferentes. Al principio siente no encajar en el grupo que le asignan, pero su forma de ser y ver la vida hace que pronto conozca jóvenes que compartirán su recorrido estudiantil.

Llega la época decembrina, preferida por toda esa generación, los salones de clase de adornados con diferentes diseños que eran creados por los mismos estudiantes. A mediados del mes de diciembre el día dieciséis en las noches se celebra la novena de aguinaldos al niño Jesús, que culmina el 24 del mismo mes, como dice la costumbre, del cielo llegan regalos para los que se han portado bien todo el año, curiosamente todos reciben algún presente.

Todavía es un jovenzuelo que se divierte con juegos infantiles con sus vecinos y amigos cercanos a su casa. El tiempo pasa muy rápido llegando el año nuevo y con la devuelta al colegio. Académicamente no fue muy brillante, con calificaciones bastante regulares.

El tiempo pasa sin contratiempos. Las amistades se afianzan de acuerdo con los diferentes caracteres y afinidades. El es un hombre alegre amante de la música y la danza. Sobresale ante todos por sus habilidades para el baile. Se despierta el deseo y sentimiento por el sexo opuesto enamorándose con mucha rapidez una y otra vez, pareciera estar en un paraíso de mujeres, pero no se define por ninguna, así es la adolescencia de un joven que despierta a las pasiones mundanas, que le traerán problemas en el futuro.

No mide las consecuencias de sus acciones en cuanto a relaciones humanas se refiere: suerte que sus primeros amigos tienen buenas costumbres y son excelentes estudiantes, aunque bastante indisciplinados, juguetones, bastante pesadas sus bromas. Como dice el dicho Dios los cría y ellos se juntan.

En esa época, el consumo de alcohol no tenía tantas restricciones, las drogas no eran comunes. Los padres tenían

controles estrictos referente a las relaciones de sus hijos, normalmente las madres estaban en casa para vigilar y atender los deberes de los hogares.

Roberto, en su ventana sonríe al recordar momentos que quedaron en un pasado olvidado por él. Su mente trae esas imágenes que había olvidado: acaba de platicar con el único amigo que le queda. Se conocen desde niños, además de compañeros de clase.

En cierta forma siempre cuido de él, Eduardo, es su hombre de temperamento volátil, pero querido por todos, el padre hombre de principios morales y exigente con el respeto por los demás. El mayor de seis hermanos con una madre educada y culta, que influencia en sus hijos el amor por las artes especialmente la literatura. Cabe decir que sus hermanos a ser de menor edad son más ecuanímenes que él.

En los cinco años siguientes se afianzo una amistad que duraría más de 45 años, sin ser opacada por los diferentes devenires de la vida.

Al terminar la secundaria o educación media, debía cumplir un requisito impuesto por el Estado, que todo hombre antes de cumplir dieciocho años debe prestar el servicio militar obligatorio. Por sorteo lo hizo en la guardia personal del presidente de la Republica; no importo que meses antes de ingresar había tenido meningitis, enfermedad que afectaba el cerebro.

Con eso y todo su desempeño rindió sus frutos obteniendo el titulo de subteniente de reserva. Lo que permitió ganar puntaje al momento de ingresar a la universidad. Para este siguiente paso se traslado a una ciudad mas grande.

La metrópoli le mostro los placeres mundanos que solo había soñado, ahora la ciudad se los presentaba en bandeja de plata. A diferencia de los amigos del colegio, estos nuevos personajes ya tenían la experiencia suficiente para que Roberto se abriera al estilo de vida que estaba por conocer.

Las poblaciones grandes dan la posibilidad de asistir a centros nocturnos, algo que a Roberto le llamaba mucho la atención. Algunos de sus compañeros de la facultad de derecho a la cual él había ingresado les atraía la fiesta en las noches frescas que invitaban a consumir alcohol. Una noche de sábado habían ido a una disco nueva, alguien le puso algo en la bebida que lo lleno de euforia, no sentía cansancio.

Al día siguiente pregunto que le habían dado, todos rieron del pobre ingenuo que no tenia ni idea lo que había pasado. Pero curiosamente le agrado la sensación. Su gusto por el licor empezó a crecer, ya era dos veces por semana. Un día estaba tan alcoholizado que no se dio cuenta que una joven le hizo aspirar un polvo blanco, que su efecto casi de inmediato lo dejo sobrio.

Poco a poco esa nueva experiencia se salió de control, volviéndose una constante en sus salidas a las discos. No le dio importancia porque todos sus cómplices de fiesta lo hacían.

Pero como todo vicio trae sus consecuencias, su carácter amable comenzó a cambiar. Se torno agresivo e intolerante, ocasionándole problemas tanto familiares como académicos.

Paso el tiempo logrando graduarse de la facultad de derecho. La hora de la verdad, enfrentarse al mundo real; ganarse la vida con su profesión. Un conocido de años anteriores le dio la oportunidad de trabajar para una entidad

del gobierno, que se encargaba de defender los derechos de los trabajadores, que según el era oprimidos por patronos abusivos, en su mayoría empleadas domésticas. Un grupo de personas de nula educación que son presa fácil de empleadores sin escrúpulos.

En sus labores conoció Andrea, una abogada de prestigio, joven inteligente, que tiempo corto después sería su esposa. Había ingresado en varias ocasiones a clínicas de reposo, donde le habían diagnosticado el primero de sus males, cirrosis.

Al dejar su vicio por el alcohol, sin ningún tipo de tratamiento médico adecuado, comenzó un desorden emocional que lo mantenía encerrado en su habitación oscura por largos periodos de tiempo. Se fue alejando de todos sus conocidos y familiares. Manejaba altos niveles de agresividad.

Se pensó que el matrimonio sería el cambio que necesitaba, Andrea una mujer educada por religiosas, tenía un carácter suave pero firme haciendo todo lo posible por mantener un hogar estable y armonioso.

Haciendo honor a la justicia el hizo lo posible porque todo marchara bien. Pero su temperamento volátil y los medicamentos psiquiátricos no fueron de ayuda. Cuando el matrimonio estaba en su peor momento su esposa quedó embarazada. Noticia que llenó de felicidad a las dos familias sobre todo a la de ella, porque era hija única.

Los padres de Andrea y Roberto no tenían la mejor relación amistosa; lo tildaban de irresponsable y mal esposo. La mayoría de las habladurías no era ciertas, porque los medicamentos fuertes no lo dejaban llevar una vida social activa como antaño.

En el trabajo se convirtió en alguien indeseable, machista e intolerante para sus colegas, sin embargo, era eficiente ante los directivos ganando algunos reconocimientos, tomaba los retos más dispendiosos, la mayoría en poblados alejados donde reinaba el caos de la violencia.

La llegada del hijo no mejoro su relación marital, Andrea cansada de esperar un cambio que nunca llego, acepto un cargo importante con incremento salarial. Pasado un tiempo le pidió el divorcio, lo que alegro de alguna forma a Roberto.

Para ese momento sus padres estaban muy deteriorados de salud, el señor alzhéimer avanzado no reconocía a nadie, la madre le empezaba demencia senil. Los dos ya pasaban los noventa años.

El sistema pensional le aprobó su petición de retiro anticipado por salud mental inestable, de ese momento se dedico por completo al cuidado de sus viejitos como el les decía. No permitió que los llevaran a ningún sanatorio para enfermos mayores.

Un día amaneció con problemas urinarios, le diagnosticaron cáncer de próstata, como fue detectada a tiempo la cirugía salió bien. Su irritabilidad aumento, no lo soportaban sus hermanos con los que vivía. Su hermana María es como su segunda madre, lo entiende y trata de entenderlo, pero es una labor titánica.

El sabe que ella es incondicional con él, que abusa de su nobleza. Eduardo es el único que lo hace razonar.

Hace unos años le empezó Parkinson, su aspecto descuidado y deteriorado, siendo un católico ferviente de asistir a misa a diario, desea la muerte.

Es difícil observar alguien que tuvo tanta vitalidad, y amor por la vida, irse acabando en forma lenta. Hace poco en consulta medica le diagnosticaron cáncer de tiroides grado cinco. Espera una posible operación que de seguro no tendrá resultados óptimos.

Roberto es un hombre que, a pesar de su vida desenfrenada, tiene buen corazón, excelente hijo y amigo. Lamentablemente no midió la consecuencia de sus actos, no aprovecho la posibilidad de amar una buena mujer, de ver crecer a su hijo.

Sus días pasan uno tras otro sin ningún tipo de esperanza. Que Dios sea benévolo con él cuando. Haya que tomarle cuentas.

LAS TRAMPAS DE LAS PALABRAS

Miguel García Callejas

Tengo ante mí una tarea ingente: escribir sobre las trampas de las letras, no como una crónica sino como un ensayo, es decir, volver a vuelapluma sobre las telarañas que sobre mí han tendido las palabras, las ideas, los hados, la inspiración, el destino. Y, si se me permite, comenzaré por un libro que hallé, comenzada la adolescencia, en un estante de la biblioteca de la escuela secundaria, la Tecnológica Agropecuaria # 27. Dudo que alguien se halla sentado cada receso, como yo, al extremo de un estante y comenzado a leer, libro por libro.

Lo recuerdo claramente: “El Galano arte de leer”, lleno de historias y poemas, entre ellas “Para el pórtico de una escuela”, “El rosario de Amozoc” y “La mulata de Córdova”. Los ojos se me volvieron platos y la mente, imaginación pura. Ya por entonces me había extasiado en un maravilloso libro de primaria, donde se contaba el viaje de un grupo de alumnos premiados por el gobierno de la República. Los llevaron en un recorrido por todo el país, en una genial aventura. No olvido su

arribo al puerto de Topolobampo o su encuentro con los japoneses avecindados en México. Viví las peripecias con ellos.... Fueron tal vez las primeras trampas que me tendieron las letras. Era mágico: leer y viajar con las palabras. Claro que había textos escolares comunes y no los rehuía, los de biología eran interesantísimos, como los que ilustraban las filogenias del reino animal y vegetal o el mineral con sus rocas, piedras y estratos escondidos bajo tierra; y los de historia, que me trasladan a otros tiempos.

Durante el internado cayó en mis manos un libro singular, escrito por un jesuita que luego colgó los hábitos: Ramón Cué Romano. No olvido su sinceridad: “Señor, confieso que he sido ladrón/ obstinado de violetas”. E indeleble, su “Navidad sin pandereta”:

Entretanto me topé con El Principito, o más bien él se topó conmigo; me encantó su visión de las cosas, del mundo, del universo y la filosofía: “sólo con el corazón...” sólo con el corazón” me repetí durante años y dejó una huella indeleble en mi alma. Era otra trampa que iba tocando las fibras más sensibles. En mis manos cayeron otras letras, inolvidables:

“Puedo escribir los versos más tristes esta noche...” y me llené de alas, como las de Sabines: “El mar se mide por

olas... nosotros por lágrimas”. Era como si las palabras estuvieran esperándome, convocándome, urgiéndome.

Una tarde, en medio de un bosque, sobre unas peñas, junto a un manantial, mi espíritu se llenó de rabia, empujado por una chica. Casi me convertí en homicida, pero el destino quiso que ese día naciera el poeta. En una semana escribí poco más de treinta poemas, de los que escasamente sobrevive una docena. La trampa se cerraba: “A quien lo quiera le vendo/ un corazón en pedazos; si quiere, páguelo a plazos,/ al cabo yo ni me ofendo”. Cursi, rabiosamente cursi, como muchos de la época. Ahora me doy cuenta de que una misteriosa araña tejía sus redes en torno mío. Algo, desde muy dentro, me llamaba.

No terminaba aún la secundaria cuando un libro de texto me atrapó, una antología de Lengua y Literatura Españolas, de Porrúa Editores. Frente a mis ojos desfilaron El Cid, La Celestina, Don Quijote, Rubén Darío, Calderón de la Barca. Era un libro pesado como tabique, pero también un manantial casi eterno. Lo recuerdo muy bien: cada página era una puerta, cada sección una oportunidad

Un decenio después asomaron otras letras: las de la historia, las de las culturas prehispánicas: “La Visión de los vencidos”, “Filosofía náhuatl”, “Teología del Nican Mopohua”.

Entiendo ahora que eran susurros que venían de otros tiempos, que me forjaban. Pocos años después una lengua nueva asomó a mis oídos, a mis pupilas, a mi memoria: el hñähñü. Y entre mis manos se escurrió un cuentecillo otomí: “¿A dónde vas arañita?” Allí el hombre hñähñü dialoga con la historia buscando explicación a las preguntas fundamentales de la existencia.

Poco después me sorprendieron e inquietaron Los Contemporáneos: Salvador Novo y su “Elegía”: “Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen”, Xavier Villaurrutia y sus “Décimas de nuestro amor”, Carlos Pellicer y sus “naranjas automóviles”; pero también me sedujeron “Las confidencias de un árbol” de Enrique González Rojo y su “Oda a la goma de borrar”. Acá tendría que agregar a Elías Nandino que dijo: “Por este pinche orgullo” o “El azul es verde que se aleja”. Y, para rematar, a Walt Whitman, con su “Canto a mí mismo”.

Una tarde, en la Biblioteca Pública Municipal descubrí dos novelas: “Amado mío” y “Actos impuros”, de Pier Paolo Pasolini. La obra me sacudió por su temática y me puso en camino de otra vena literaria: el erotismo. Como resultado nacieron varios relatos, como “Así comenzó” e “Inesperado amor”.

No olvido, cómo hacerlo, otro secuestro simultáneo, aquel en que me tiene la ciencia ficción: Julio Verne, Isaac Asimov, Bradbury y tantos otros. Debo confesar que mis inicios en este género fueron unos libros de bolsillo con relatos más bien cortos con los que daba yo vuelo a mi imaginación. ¿Quién podía revelarse, por ejemplo, en contra de “Un detective en el tiempo”, publicado por Editorial Bruguera?

Tampoco pude resistir a mis impulsos poéticos entrando por mano propia en la jaula. Y nació “Yo, Emiliano”, un breve poemario con letras rápidas en las que volqué mi interior. Inacabado está “Lastre”, con su peso que me atora. Muchos de mis poemas nacieron al abrigo de las redes sociales y allí están exhibiendo y exponiendo mi ser más profundo. Mención aparte merecen los cuadernillos que vagan por ahí, entre otros papeles y que contienen fragmentos de un diario. Tal vez estos textos sean una ventana al pasado, a mi corazón, a lo que de humano tengo.

Al ensayar esta breve y vertiginosa descripción acerca de las trampas que las palabras me han tendido a lo largo de unos cincuenta años, me siento débil y expuesto. Es como ser pillado en una travesura o sorprendido por unos oídos indiscretos en la caja medio oscura de un confesionario. Pero tiene también algo de ego, de presunción, al reconocer que

esta cárcel no me pesa. Tal vez un día me anime a continuar esta lista y revelar otros encuentros, otras prisiones, otros enamoramientos que las letras me han provocado.

UN SEPULCRO PARA DÍAZ DE HONOR

Claudia Duclaud

No sé muy bien por qué, pero un día tuve esta certeza: si alguna vez iba a París, debía conocer la tumba de Porfirio Díaz.

¿Que de dónde me salió ese súbito interés por conocer la última morada de Don Porfirio? No me lo explico. O sea: ¿Díaz? ¿Por qué? Como buena hija de la revolución y educada por los libros de texto en los que se cuenta la versión oficial de la historia, según la cual, Díaz es un villanazo como pocos ha habido en México, ¿por qué habría de atraerme la idea de conocer el pedazo de tierra en que se pudre?

Tal vez fuera una no muy consciente necesidad de cerciorarme de que el perverso dictador sobre el que tantas historias me había contado mi bisabuela estaba bien muerto y enterrado, o quizá solo era una extraña variación del “síndrome del jamaicón”, aquel sentimiento de nostalgia descrito por el futbolista mexicano José Villegas “El Jamaicón” que, tras haber sido seleccionado nacional por ser un defensa prodigioso, tuvo un desempeño deplorable al hallarse jugando en el extranjero; cuando se le preguntó a qué se debía su desastrosa actuación, aseguró que extrañaba a su mamá, la birria y a México, y que en ese estado de melancolía le era imposible jugar bien, que

me aquejaba con anticipación y que me anunciaba que, una vez en suelo extranjero, debía tomar una pausa en algún sitio que me hablara de mi tierra.

El asunto es que esa necesidad de conocer el sepulcro de nuestro tan insigne como infame expresidente, me ha estropeado dos viajes a París, en ambos volví a México con el mal sabor de no haber visto aquella tumba para poder murmurar en mis plegarias nocturnas: Descansa bisabuela, los gusanos ya se comieron al viejo cochino —así le decía ella, escandalizada al recordar que Díaz se había casado primero con su propia sobrina, y luego con Carmelita, una niña diecisiete años cuando él ya pasaba de los cincuenta.

En un paréntesis en mi agenda de viaje, en el mismo día que el itinerario señalaba la visita la Basílica del Sagrado Corazón apunté: *(si queda tiempo, a la bajada pasar al panteón de Montmartre a ver a Díaz)*. Lo apunté con tinta roja como para contrarrestar la aparente irrelevancia de haberlo escrito entre paréntesis. Y fue justamente ese paréntesis el que marcó el inicio de mi fracaso como turista.

Con la euforia del viajero primerizo por el viejo continente, destiné las jornadas iniciales a recorrer los sitios más predecibles y, dejando a un lado la vergüenza que sentía de mí misma al verme convertida en un cliché, me puse el mapa bajo el brazo, la cámara al cuello y tomé el *Bateau Mouche* que recorre el Sena decidida a llegar hasta el sitio en el que todos los habitantes de América pensamos cuando decimos “Europa”: el enorme monstruo de hierro diseñado por Gustave Eiffel. De camino a esa primera parada que, con solo pararse bajo su sombra, otorga a cualquiera el título de turista consumado, alcancé a vislumbrar los museos del Louvre y de Orsay —cuya visita estaba programada para los

días siguientes— y una réplica en miniatura de la Estatua de la Libertad que dirigía la mirada, según explicaba la audioguía del *Batobús*, hacia el sitio a donde llevaron a su gigantesca hermana al otro lado del Atlántico.

Aquella mañana yo me encontraba en un lamentable estado de cansancio y mal humor a causa del *jet-lag*, y ese dato sobre la estatua que hurga con la mirada el vientre del horizonte intentando divisar a su enorme réplica, me pareció cursi y me irritó pensar que tal vez había sido inventado con la única intención de arrancar expresiones de asombro al turista ingenuo. Más me irritó el hecho de reconocer que yo encajaba a la perfección en ese odioso papel de turista ingenuo al descubrirme profiriendo un *ahhh* y otras interjecciones que denotaban lo maravillada que estaba ante cada nuevo detalle que el apuesto guía galo —ya había renunciado a los audífonos de la audioguía— exponía en francés (del cual yo no hablaba una palabra) y luego repetía en paupérrimo inglés para ese breve y auditorio de coreanos y latinos entre los que me encontraba; todos muy dispuestos a dejarnos deslumbrar y a tragarnos, sin pasar por ningún tamiz de duda, aquella perorata que, a fuerza de tantas repeticiones, había perdido su brillo.

Por supuesto, el Louvre fue mi destino del día siguiente y —también por supuesto— los enigmas que Da Vinci escondió entre los pliegues de la sonrisa de la señora del Giocondo fueron lo primero que corrí a buscar, desplazándome a toda prisa a través de salones repletos de figuras de mármol que, de tantos que son, acabaron ensordeciéndome los ojos y despertándome la convicción incuestionable de que debía ahorrar para hacer un segundo viaje, esta vez, con un itinerario más generoso, porque ¿en qué diablos estaba pensando

cuando decidí que tres o cuatro horas bastarían para conocer el museo más famoso del mundo?

Resignada a que me sería imposible verlo todo e intentando que la frustración no estropeará mi reconquistado buen humor, me tomé un par de minutos para decidir las piezas de aquel museo que no estaba dispuesta a perderme. Eché un rápido vistazo al mapa que me dieron al adquirir mi boleto de entrada y corrí del Ala Denon al Ala Richelieu, donde me esperaba la segunda obra que elegí en mi improvisada lista de “imperdibles”: el Código de Hammurabi.

Varios centenares de magníficas piezas de arte me salieron al paso en el camino, pero no llevaba tiempo para detenerme en su contemplación. De lejitos, dediqué un respetuoso “mucho gusto” a la Atenea Nike hallada en Samotracia que, sin brazos ni cabeza, revoloteaba sus alas en el descansillo de una escalera; “te la debo, querida”, me disculpé con la Venus de Milo cuando pasé casi corriendo junto a ella; “ahí para la próxima” debí decirles a los Vermeer y a inmensos e impresionantes Rubens que alcancé a ver de reojo dentro de un salón; “ustedes perdonen, Caravaggio, Delacroix, Louis David” suplicaba mientras empezaba a sospechar lo perdida que estaba, yendo y viniendo de un salón a otro, escaleras arriba, escaleras abajo, girando el mapa en todas direcciones sin conseguir interpretarlo.

La gran estela de basalto negro es poco imponente por sí sola, pero al recordar mis clases de derecho penal acerca de las terribles sanciones en lengua acadia que esa piedra oscura lleva inscritas, no pude evitar un estremecimiento. Colocada en el centro de una plaza pública, la gran roca que ahora tenía frente a mí había regido, implacable, la conducta de los babilonios cuatro mil años atrás.

Está claro que, si yo fuera una persona organizada, no solo me habría enterado a tiempo de lo imposible que es visitar el Louvre en unas cuantas horas, sino que, una vez descubierta esa imposibilidad, habría seleccionado más cuidadosamente las tres piezas cuya visita calificué de obligatoria, así como el orden para verlas y las rutas a seguir para hallarlas, en lugar de simplemente ponerme a caminar siguiendo flechas de letreros escritos en un idioma que no entendía. Pero si yo fuera una persona organizada tampoco tendría material para escribir este relato.

Proferí mentalmente los peores insultos hacia mi persona cuando descubrí que la siguiente pieza que elegí estaba, lo mismo que la Gioconda, en el Ala Richelieu. Agotada, debí desandar mis perdidos pasos y volver al sitio en donde había empezado, pero esta vez, tenía que localizar la sala 6, dedicada a esculturas pequeñas y otras piezas de diversas culturas orientales antiguas.

Mi interés recaía en una pieza en particular: la pequeña figura de Pazuzu, un demonio mesopotámico que se jactaba de ser el portador de todas las pestes, delirios y fiebres que aquejan a los hombres. Tallada en quince centímetros de bronce ocho siglos antes de Cristo, esa figurilla había protagonizado todas las pesadillas de mi infancia y adolescencia, desde aquel día en que, a mis nueve años y a escondidas de mis padres, trepé a lo más alto del librero para bajar el videocasete de la película que tan terminantemente me habían prohibido mirar: El Exorcista. Años después, al estar planeando aquel primer viaje a París me enteré sin querer, mientras hojeaba una revista sobre el museo del Louvre, que la estatuilla que aparecía en el filme y que me atormentaba en

sueños sin fallar una sola noche, existía realmente y que se hallaba resguardada en el famoso museo parisino. Supe entonces, que debía ir a conocerlo en persona y rogarle que dejara de torturarme.

Finalmente encontré la sala 6 y corrí a ponerme frente a frente con el demonio. Con manos temblorosas oprimí el obturador de mi cámara para capturar la expresión maligna de la cara de Pazuzu. Su cuerpo, si bien era antropomórfico, combinaba partes de diversos animales: garras afiladas como de felino, cabeza de león, patas de águila, cola de escorpión, alas y un diminuto falo humano. Me reí de su escasa masculinidad, abrí mis dedos índice y pulgar abarcando un espacio minúsculo y le dije en voz muy baja: La próxima vez que te vea en mis sueños miraré tu foto para acordarme de lo chiquito que lo tienes. Desde entonces, estamos en tregua: él no me visita por las noches y yo jamás miro su foto.

El resto de mi semana en París transcurrió como en vorágine: la tumba de Napoleón, el Arco del Triunfo, Sainte Chapelle, la Sorbona, los Jardines de Luxemburgo, la Ópera Garnier, tren a Versalles, la Bastilla —o lo que queda de ella—, caminatas por los Campos Elíseos y por el jardín de las Tullerías, cafés, restaurantes, calles y callejuelas ramificadas sin fin. Centenares de fotos se acumulaban en la tarjeta de mi cámara y decenas de imágenes y escenas prometían convertirse en recuerdos instalados para siempre en mi memoria. La *Ville Lumière* era una ciudad demasiado bella, aplastante, abrumadora.

El penúltimo día tocaba ir a Notre Dame. Con sus gárgolas simiescas y su desfile de reyes sobre la galería de la entrada, la catedral me recibió con una serenidad milenaria. En su interior, la frescura de las columnas de piedra, el olor a

incienso, los rayos de sol moteados de polvo y derramados sobre el suelo en largas manchas azules y lilas invitaban a dejar de lado el espíritu curioso del viajero, para dar paso a la reflexión. Sin embargo, el estereotipo del turista había echado ya sus raíces dentro de mi ánimo y reclamó, celoso, su sitio. Continué entonces, decidida, infatigable, con mi tarea: la obligada “encendida de veladora” en el altarcito a la Virgen de Guadalupe con el correspondiente pecho henchido al verla rodeada de banderitas mexicanas. Fue tanta mi emoción al ver en aquellas tierras lejanas los símbolos más queridos de mi religión y de mi patria, que las palabras de mis plegarias se revolvieron en mi mente: “santificado sea tu nombre hágase tu voluntad y retiemble en sus centros la tierra al sonoro rugir del cañón, amén.”

Ninguna visita a Notre Dame está completa si uno no se sienta en las toscas bancas de madera frente al altar mayor para rezar un Ave María a la memoria de Antonieta Rivas Mercado, a quien me imaginé acomodada en el mismo sitio en que estaba yo, disparándose en el corazón con la pistola que le robó a Vasconcelos la noche anterior. Se me erizó la piel y me levanté pensando en el charco de sangre que debió formarse sobre esos mismos mosaicos ajedrezados del piso. Era momento de irse de ahí, caminé hacia la puerta y mojé mis dedos en la pila de agua bendita para marcar una cruz sobre mi frente justo antes de salir.

Al fin llegó el último día y mi itinerario señalaba: *Moulin Rouge/* Basílica del Sagrado Corazón y en un paréntesis en tinta roja: *(si queda tiempo, a la bajada pasar al panteón de Montmartre a ver a Díaz).*

Bajé del metro en la estación *Blanche* y, al salir, me detuve en un puesto a comprar un *croissant* y un café

americano en vaso desechable para desayunar mientras caminaba. Apenas doblé en la esquina y me topé con la inconfundible fachada del padre de todos los cabarets: el sórdido Molino Rojo. Como era muy temprano el lugar aún estaba cerrado; sin embargo, se podía acceder libremente a su vestíbulo y recorrerlo algunos metros antes de toparse con la reja metálica que cerraba el paso. En esa brevísima antesala del espectáculo más sorprendente del mundo todo tenía un aire de otra época: la marquesina de madera, la taquilla antigua, los aparadores con fotos de bellas bailarinas y desnudistas, la raída alfombra roja que huele a vino agrio, vómitos y sangre vieja. Se me revolvió el estómago y guardé el croissant para después.

En la esquina, caminé cuesta arriba por la *Rue Lepic* en la que los puestos de frutas y flores comenzaban a exhibir sus productos multicolores. Tras subir algunas cuabras encontré el café *Deux Moulins*. Me senté en una de sus mesas a esperar mi segundo americano del día, mientras en mi mente se reproducían, uno tras otro, los vales con los que Yann Tiersen musicalizó la película *Amélie*, filmada en ese sitio años atrás.

Salí del café un tanto desilusionada: los menús estaban sucios, el sol se había comido los colores del afiche de la hermosa Juliette Binoche y fue imposible conseguir que los dependientes me dieran una servilleta si no consumía alimentos; yo no apetecía comer —aún tenía medio *croissant* en mi mochila— de modo que debí limpiar los restos del café en mis labios al más puro estilo de los gatos.

Di vuelta a la derecha en la *Rue des Abbesses* y continué subiendo hasta hallarme en el corazón del barrio bohemio de París. Dos y tres y cien pintores me ofrecieron un sinfín de prodigios por unos cuantos euros. Los compré todos:

mi caricatura pintada con acuarelas, un retrato a lápiz con la basílica del *Sacré-Coeur* como fondo, un poema sobre gusanos salen de mis pupilas para devorar el corazón de quien los mira, y una rosa imaginaria que me entregó un mimo cuya piel color del ébano se adivinaba bajo la densa capa de pintura blanca en su rostro. Quince años después, esos suvenires personalizados aún se conservan ente las páginas de un volumen de *Les fleurs du mal* —antiguo y en francés, claro está— que me vendió un *bouquiniste* en la ribera del Sena. La rosa imaginaria y la mirada del mimo también las guardo ahí, entre párrafo y párrafo de Baudelaire, entre *Remordimiento póstumo* y *El gato*, y salen a erizar mi piel cada vez que lo abro.

La enorme basílica de travertino blanco me recibió con el abrazo de un imponente Cristo resucitado. La altura de su bóveda y la desnudez de sus muros transportan al devoto a un limbo silencioso solo interrumpido por el tintineo metálico de unas monedas —presuntamente benditas y milagrosas— que un grupo de monjas vende a los turistas a precio de oro; a mi memoria vino, inevitable, el pasaje en que Juan describe a un furioso Nazareno clamando que la casa de su padre no es mercado. Me despedí de la basílica que se quedó ahí, sobre la breve cima de la colina de Marte, rezumando su blancura sobre los parisinos, protegiéndolos de los males de los siglos.

En el camino de regreso, me detuve en una *brasserie* que me salió al paso. Ordené un *croque madame* y una copa de *merlot*; saqué mi itinerario para cerciorarme de lo que ya sabía: la siguiente parada era la tumba de Don Porfirio. Pagué la cuenta y bajé la colina en busca del cementerio de *Montmartre*. Mi nerviosismo crecía a medida que me acercaba, había llegado el momento de hallarme frente a los restos de

aquel polifacético oaxaqueño tan ilustre y tan infame, tan prohombre y tan tirano, que un día partió de México para no volver. Derrotado y medio enloquecido, Díaz descendió del Ypiranga en suelo europeo en julio de 1911 y se acercó en París donde murió cuatro años después.

Pero el verano francés había logrado engañarme: aunque la puesta de sol aún se percibía lejana, eran más de las siete de la tarde. El cementerio había cerrado a las cinco. Al día siguiente subí al avión que me llevó de vuelta a casa. Durante el vuelo revisé mi libreta de viaje, las marcas con forma de palomita, como esas que ponen las maestras en las sumas bien resueltas, indicaban que logré visitar cada punto planeado en la agenda; todos menos uno: el paréntesis en tinta roja no tenía palomita, sino cruz.

Tres años pasaron hasta mi siguiente cita con la Ciudad Luz. Esta vez, mi cartera iba más desahogada, la estancia más prolongada me libraba de la prisa, y, además no iba sola: mi acompañante, un argentino de músculos bronceados y ojos del color de la miel quemada había hecho coincidir sus vacaciones con las mías para pasar dos semanas en el viejo continente.

Ámsterdam, Bruselas, Londres, Roma y Madrid pasaron a toda prisa bajo las suelas de nuestros Nike, lo mismo que Brujas, Gante, Múnich y Utrecht. Ambos conocíamos París, así que decidimos dejarlo como última parada. *We gotta save the best for last*, decíamos.

Cuando llegamos a París, no teníamos energía para mantener el acelerado ritmo de nuestras andanzas y —acogiéndonos a la máxima que ordena que “a donde fueres, haz lo que vieres”— optamos por mimetizarnos con franceses, esos peculiares seres que aman las libertades, pero más que a

ellas, aman al placer. Emprendimos, entonces, un turismo de tipo sibarita: lentas caminatas, sin apremios ni agenda y comidas de larga sobremesa en las terrazas de acera hechas para ver la vida pasar.

Nuestra última tarde en París, tomamos un almuerzo de *escargots à la bourguignonne* y *grenouilles à la provençale* en una mesa de balcón en las *Galeries Lafayette*. De pronto, el recuerdo de un viejo pendiente vino a mi mente; reclamaba mi atención igual que los ladridos de un perro inoportuno, y yo no tuve más remedio que atenderlo para hacerlo callar. Debía ir a ver la tumba de Díaz.

Convencí a Eric —así se llamaba el argentino— de ir a al cementerio de Montmartre. No fue sencillo, era un plan algo extraño para la última jornada; sin embargo, cuando le dije que los restos de Julio Cortázar estaban en el mismo camposanto, accedió. Amante, como yo, de ese mundo de cronopios y de famas, Eric pagó la cuenta y nos encaminamos hacia el metro; me sentí tranquila cuando vi que faltaban unos minutos para las cuatro de la tarde.

Bajamos en la estación *Blanche* y no fue necesario consultar el mapa, yo recordaba la ruta. Traspusimos la puerta de hierro pintado de verde y, apenas a unos pasos de la entrada hallamos un amigable directorio de difuntos, destinado a orientar a los turistas indicándoles la sección del cementerio en que descansaba el muertito famoso de su interés.

Mis ojos volaron a la letra D: Dalida, Darc, Degas, Dumas, Dux... ¿Y Díaz? Revisé de nuevo, debía de haber un error. Justo entre Degas, Edgar y Dumas, Alexandre debía estar Díaz, Porfirio; pero no estaba. ¿Y cómo le explicaba a Eric que no encontraba a Don Porfirio y que nos habíamos

tomado todas esas molestias para nada? Al menos nos quedaba Cortázar, pensé. No dije nada y miré a Eric que clavaba los ojos, desconcertados, en el directorio a la altura de la letra C. Me uní a su búsqueda: Castelli, Cauvin, Clouzot, Dalida... ¡¿Y Cortázar?! Eric me miraba con esa mezcla de ira y desconcierto de quien se descubre estafado. Saqué mi teléfono celular para hacer la búsqueda en *Google*, debí haberlo hecho antes, pero mi certeza de que Díaz y Cortázar estaban enterrados en *Montmartre* era tan absoluta que ni siquiera lo consideré. *Google* respondió, lapidario: *Montparnasse*. Díaz y Cortázar estaban enterrados en el cementerio de *Montparnasse*.

A más de cuarenta minutos de distancia, era imposible llegar hasta allá antes de que el panteón cerrara, de modo que debí volver a México, una vez más, sin haber pisado la tierra que cubre el esqueleto del dictador. Lo siento, bisabuela, le digo en mis plegarias, no he conseguido ver a los tornasolados moscardones posando sus patas sobre la lápida del infame jefe de todos los pelones, esos brutales carniceros vestidos de militares que iban de pueblo en pueblo —el tuyo, entre ellos— esparciendo pena y muerte.

Hoy, Díaz sigue siendo para mí más villano que héroe y su vida me despierta cierta nostalgia agridulce. Su tumba se ha convertido en mi Ítaca, ese destino prometido que no engaña, pues regala al viajero la experiencia del camino andado. Rezo por no encontrarla, no todavía, y tener siempre una excusa para volver a París.

PARIS

David Almanza

Desde hace años, cuando era soltero, siempre me gustó visitar París, yo no decía que iba a Europa, para mí, Francia era Europa, con excepción de Italia que también llamó mucho mi atención pero no conocía a nadie. En Francia pude hacer amigos poco a poco pero solo como turista, llevando Tequila y trayendo vinos casi como contrabandista. Y así poco a poco fui descubriendo ese país que marcó muchos años de mi juventud. Lo visitaba cada año dos meses.

Descubrí su geografía, su cocina, sus costumbres, sus países, sus lenguas, y sobre todo su historia. París es un libro de historia abierto al aire libre. Pasé de ser turista a ser viajero, pero un viajero incompleto, ya que de su literatura no sabía gran cosa; Sin embargo me encantaba visitar sus librerías, era tímido en ellas y sólo salía con la nueva agenda del próximo año, no dominaba bien el idioma (aún me falta). Intenté algunos libritos de historia pero sin mucho éxito. Ahí me nació el reto y mis visitas ya no eran sólo como turista, me inscribí en la Alianza Francesa de París y un curso de Civilización en la Sorbona que era para todo público. Era un estudiante viejo, pero con muchas ganas. Envidiaba esa juventud activa y cosmopolita.

Con los años y las responsabilidades mis visitas a París ya no eran tan frecuentes, pero mantenía contacto con algunos amigos, y así tenía algunas noticias de Mitterrand, Tonton, entre otras novedades, cuando supe del proyecto de la pirámide del museo de Louvre, ese año fui directamente a ver el gran hoyo que estaban haciendo descubriendo la cimentación del museo.

Paris ha cambiado, igual que yo, pero en esencia somos los mismos. Hoy tengo a mis hijas en el sistema de educación francesa y es un orgullo para mí verlas y oirlas corregirme mis faltas de ortografía en el dictado en francés. Por cierto había un concurso que ni los mismos franceses pasaban el dictée.

Agobiado por el estrés cotidiano decidí convencer a Ana Paula de irnos un año a Paris, so pretexto que para que diablos les inculcamos un sistema de educación y un idioma a nuestras hijas si ni siquiera conocen Francia! Por supuesto que Ana lo pensó durante dos largos minutos y me dijo que sí le encantaría el reto. Otra razón y muy triste, por la que decidí este viaje que duró al final tres años fue la desaparición de tres amigos de mi edad víctimas de Cáncer e infartos. Es por eso que decidí partir juntos en familia con mis hijas, antes de que ellas partieran solas.

Ya en Paris en el 2013 e instalados en un departamento en la 5 rue Desaix a unos metros de Champs de Mars en un edificio horrible (puertas de color azul rey) de los años 70's pero mucho más amplio y funcional que los bellos edificios Haussmannianos, empezamos a adaptarnos a la vida cotidiana de París.

Es verdad que de ver la ciudad de Paris como turista y pasar a través de la Cisterna de Sol a ser viajero literario, hay

mucha diferencia; Pero pasar de ser viajero a ser extranjero en esa ciudad es todo un cambio, es otra visión de las cosas, aprendes a amar esa ciudad y a renegar de ella pero nunca la odias. Después del primer año en el mes de diciembre uno de mis proveedores en Taiwan me preguntó: ¿Pero qué haces en París? teníamos menos 5 grados celsius y lluvia como agua nieve y le contesté: en verdad, ¡no lo sé!. Al final del día Paris te regala hermosos atardeceres sobre todo con lluvia y sol.

Una de las tareas de mis hijas era leer libros de diferentes temas. Historia, literatura, Geografía. Era demasiado el tiempo que tenían que dedicarse a leer además de sus tareas que también eran abundantes, el gusto por la lectura entró por fuerza y por gusto.

Eso se contagia, sobre todo si llegas a la casa y nadie te hace caso, todos leyendo y ocupados en alguna tarea, inclusive Ana Paula se inscribió en algunos cursos de cine francés y gramática francesa y de ahí le nació la admiración de Francois Truffaut que debo admitir mis celos duraron seis meses. Lo recuerdo en su pésima actuación en Encuentros Cercanos del 3er tipo. Lo perdoné cuando vi su historia en *Les 400 Coups*.

La imagen cotidiana que aún no me deja de admirar es ver a jovencitos y jovencitas en los autobuses parisinos leyendo, y no a la hora de ir a la escuela sino de regreso a casa y aun en las tardes en las Mediatecas de Paris. Hay una en cada Arrondissement, y la nuestra era la Mediatheque Marguerite Yourcenar en el 15o arrondissement. Donde jubilados, mamás con sus hijos pequeños, estudiantes, etc. pasan horas hojeando libros y revistas, gratuitamente te los

podías llevar a tu casa la única obligación era devolverlos en tiempo. El acceso a la información y a la cultura es tan importante en esta ciudad que calles, parques, jardines y pequeñas plazas tienen nombres de escritores, músicos, cantantes, artistas etc. tanto nacionales como extranjeros que han aportado tanto a Francia y al mundo.

La FNAC es un lugar de mucha difusión literaria. En su sucursal de Montparnasse en la Rue de Rennes ponen hasta 20 fotografías de escritores contemporáneos en su fachada. Tiene todo un piso de libros contemporáneos y clásicos. En Francia hay la Rentrée littéraire d'hiver es decir más de 500 libros de novela, cada año y en diferentes géneros como policíacas, suspenso, historias de vida con toques históricos de diferentes orígenes que han influenciado en el enriquecimiento de la cultura francesa de hoy. etc. Autores jóvenes y aún los más viejos siguen escribiendo y cada año aparecen nuevos títulos. Una rentrée en Septiembre que coincide con la entrada a la escuela y otra en Enero-Febrero..

Pero ¿qué leer, Ediciones como Gallimard con su clásica portada beige claro y su recuadro rojo y negro son una buena selección pero aún así son muchos. Y aquí sucede que a la FNAC no lo dejan acaparar todo el mercado de ediciones gracias a una ley de Excepción Cultural que obliga a la difusión de títulos franceses en diversos lugares de comercio; Es decir, que existen las pequeñas librerías de barrio en donde se pueden comprar a los mismos precios los mismos títulos que en las grandes librerías. La ventaja de los pequeños libreros es que ellos te recomiendan los títulos que consideran más interesantes y les llaman "*Coup de coeur*" algo así como "corazonada", (algunos ponen post-it en forma de corazón de

colores sobre las portadas de los libros) y se puede uno pasar un buen rato mirando y comentando con ellos los libros más vendidos o más aceptados por el público en general.

Si uno no tiene idea son de mucha ayuda sus comentarios. Normalmente son los dueños de las librerías, cuyos estantes están llenos de novedades. Como siempre la oferta y la demanda mueven el mercado literario en Francia dos veces al año.

Existen dos premios importantes en Francia: El premio de la Academia Francesa y el premio Goncourt cuyo premio se otorga sólo una vez en su vida a cada escritor, dando así la oportunidad a cientos de escritores. Por supuesto este premio además de darles un reconocimiento económico es garantía de buenas ventas.

Además la FNAC y Goncourt junto con el Ministerio de Educación Nacional otorgan el premio Prix Goncourt des Lycéens que permite a cerca de 2000 alumnos de leer y estudiar la selección de novelas de la Academia Goncourt con el fin de hacerlos descubrir la literatura contemporánea y motivarlos a leer. Las candidaturas para este premio son para chicos de 15 a 18 años. Por eso los ves leyendo a todas horas y en todo lugar!

Una experiencia maravillosa fue que la Universidad de la Sorbona hizo un ciclo de conferencias con 12 títulos contemporáneos escritos por mujeres . Cada jueves de 16h a 18h y en la primera hora el conferencista daba su opinión sobre la novela que nos tocaba y al final de su ponencia podíamos preguntar u opinar sobre el libro y el tema. Tuvimos la fortuna de tener en varias conferencias a las escritoras ya

que algunas viven en París. Nos pasábamos del tiempo ya que les preguntábamos sobre sus motivaciones además de la fila del autógrafo. Ana y yo lo disfrutamos mucho, era leer un libro por semana además de nuestras obligaciones cotidianas y tareas con las hijas. No había tiempo para quejarse.

Solo una escritora ya no vivía de entre esas 12 novelas y la sorpresa fué que dos escritoras no eran francesas, una era de Vietnam quien huyó y llegó a Canadá como refugiada aprendiendo la lengua francesa y volviéndose escritora. Otra de origen chino francófona radicada en Quebec.

Un programa interesante de TV es La Grande librairie conducida por Francois Busnel Periodista, Critico literario, Productor y locutor de radio y televisión quien entrevista a escritores franceses y hasta internacionales. Está casado con Delphine de Vigan (Prix Goncourt des Lycéens 2015).

Y el Cementerio de Montparnasse. A este cementerio llegué por el puro morbo de visitar la tumba de Porfirio Díaz. Se encuentra entrando del lado derecho doblando la esquina y es una pequeña capilla con la bandera mexicana en su interior. Ana Paula me pidió que buscáramos la tumba de Julio Cortázar, ese cementerio ya está más que saturado, las tumbas que originalmente estaban geoméricamente acomodadas ya son un juego de dominó donde se ponen de mulas y dan escuadras por doquier, sobre todo al centro del cementerio, encontré con agradable sorpresa la tumba de Philippe Noiret, y después de mucho buscar al fin encontramos a Julio Cortazar, Ana emocionada leyó algunas cartas que alguien había dejado con algunas flores. También encontramos la de Jean Paul Sartre y Simone de Beauvoir, y curiosamente

en el centro del cementerio en la glorieta principal la tumba de Carlos Fuentes, el cual pienso que como era amigo de Miterrand le dieron ese lugar. Curiosamente creo que no está enterrado en Paris por lo que su tumba no tiene fecha de su muerte, solo la de nacimiento 1928.

Otro cementerio para no perderse es el del Pere Lachaise, si desde Campo Marte (Torre Eiffel) se toma el Bus 69 te deja en la puerta del cementerio. Es un buen recorrido de Paris en Bus.

Al final de esos tres años envié a Mexico por carga más de 300 libros y fue triste desprendernos de muchos que reciclamos en el Quartier latin en la librería Gibert Jeune quienes compran libros usados y los reevenden a precios muy accesibles.

En cuanto a dónde leer, mi lugar favorito es el Jardín de Luxemburgo pero al final del parque, donde hay varias esculturas de mármol blanco. También el Parque Montsouris frente a la Cité Universitaire. Aunque con la rentrée littéraire lees hasta caminando, en el metro, en el Bus, en la sala de espera del pediatra, en el baño...

En cuanto a cafés solo una vez en Café de Flore, pero cómo es demasiado turístico no lo disfruté como lo hubiera deseado, demasiada gente y demasiada prisa. Ese barrio del Boulevard Saint Germain es muy interesante por sus librerías y el barrio latino. Nos gustaba ir ya en la tarde porque al caer la noche en sus calles estrechas los restaurantes pequeños son muy acogedores sobre todo en invierno te hacen una noche entre amigos inolvidable. Chocolaterías y bares hacen la

caminata más ligera aunque llegando a la casa te das cuenta de todo lo que hiciste a pie.

El hábito de la lectura es algo que no debemos de perder, pero la vida cotidiana y los problemas nos quitan el sueño y la concentración, es por eso que proyectos como la Cisterna de Sol que nos invita a hacer un esfuerzo conjunto para retomar esa maravillosa costumbre que nos transporta a mundos diferentes y que tanto nos enriquece.

EL TIEMPO

Leticia Carrera

El tiempo muta según nuestra percepción, según la carga del trabajo, lo aburridos que estemos, el tiempo de espera o lo ocupados que decidamos estar. El tiempo se cuenta con relojes y calendario, medidas de tiempo que desaparecen en momentos.

En la pandemia el tiempo para ella ha desaparecido, por momentos pierde la hora o el día, la fecha se ha vuelto más difícil de atrapar en la agenda, porque a veces la agenda se ha quedado cerrada y olvidada debajo de los papeles o los montículos de libros.

En la última visita al médico le ha mandado un medicamento que debe tomar todos los días, una vez al día, siempre antes del desayuno. Para no olvidarla, para recordar, para asegurarse que la ha tomado usa uno de los pastilleros que tienen los días marcados. La llena el domingo en la noche para asegurarse que al final de la semana quede vacía. Para asegurarse de que transcurre el día y se ha cumplido con el mínimo exigido por mejorar su salud, una pastilla, cada veinticuatro horas, una pequeña pieza que le recuerda que día es, que debe tomarla antes del desayuno. Debe pasar media hora antes de tomar café o el huevo de la mañana, entonces mira a la ventana, a veces se queda mirando en el vacío otras veces la mirada fija en una pared que se le cae la pintura por el tiempo de lluvias.

Durante esa media hora las ideas elaboran lo que se debe hacer a lo largo del día, tomar libretas y anotar ideas, leer los artículos pendientes y mecanografiar durante la tarde, para tener a tiempo el proyecto, encontrar información. Recordar las fechas límites, antes de quedar fuera, antes de que los jefes le pidan las respuestas.

Ella navega en las tareas del día antes del primer sorbo del café, al dar el primer sorbo, regresa a su cabeza en lo inmediato, terminar de desayunar, lavar los trastes, bañarse, vestirse. Sentarse en el escritorio. Pero el tiempo le hace mal juego, sin muchas acciones su cabeza descubre que es tiempo para comer, hacer una comida que en últimos días queda sin sazón. Se come lo posible porque es la hora de ingerir bocado, porque el cuerpo sabe que necesita su ración, pero la lengua quiere evitar otro bocado.

Sigue el tiempo corriendo y en la tarde un café obligado para despertar, un café para evocar esos días sin pandemia que le permitían salir con libertad, caminar en las calles, toparse con gente, sentarse en cafecitos pequeños y escondidos, donde podía mirar el mundo. Ahora solo toma el café y sigue escribiendo, a menos que llegue esa sensación de procrastinación y decida mirar una película, el trabajo quedará para mañana, nada para hoy, nada que pueda hacer, más que dejarse apapachar por un sentimiento de fallida ejecución. La mirada perdida en personajes de fantasía, de historias de amor que se amalgaman con besos inventados, de tragedias que a veces le recuerda porque no quiere estar viva.

Entonces llega la noche, un poco de ejercicio, aunque esos cuarenta minutos parecen una eternidad, a veces es el bucle de dolor porque el cuerpo no se acostumbra a sentir el cansancio de los primeros veinte minutos. A las nueve un café,

no puede comer pan a esa hora porque el médico le ha dicho que cene verduras, ni siquiera una fruta está permitida, extraña esa sensación dulce de la noche.

A las diez de la noche abre el libro, llegará el insomnio y podrá dormir hasta la una de la mañana del día siguiente.

Al día siguiente todo tendrá sentido de tiempo por la toma de la pastilla, media hora antes del desayuno, recordará el día de la semana, hará el plan del día y seguirá encerrada, mientras la pandemia exista, es un medicamento el que le recuerda el paso de los días.

ACERCA DE CISTERNA DE SOL



Cisterna de Sol (cesarcallejas.me) es una plataforma cultural y literaria nacida de la pluma y el encuentro de César Benedicto Callejas, no tiene filiaciones políticas ni relación con ningún gobierno o institución. Su base es el encuentro en la literatura por el placer de leer y la difusión de su disfrute.

Encuentre sus novedades y participe en ellas: FB: Cisterna de Sol, Instagram: Cisterna de sol, Twitter: @cesarbc70, y WhatsApp: 5535154057.